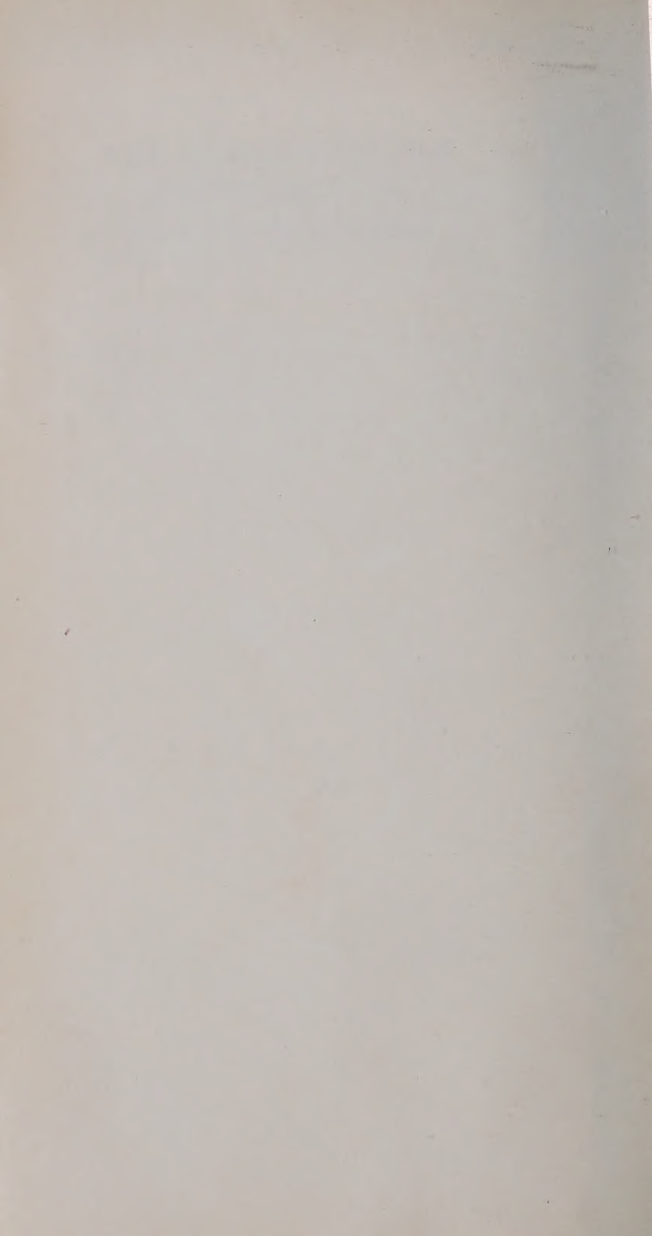
Aurora

Dicenta y Benedicto





JOAQUÍN DICENTA



DRAMA EN

TRES ACTOS

CAPITAL: $ 0.20
INTERIOR: $ 0.25

Nº. 33

JOAQUÍN DICENTA

Entre los escritores dramáticos contemporáneos que se destacan por una popularidad considerable figura el autor de *Aurora*. Su teatro se caracteriza por cierta tendencia a trasladar a la escena, con sentimentalidad y con indiscutible arte, los conflictos de índole religiosa, política o económica que perturban la tranquilidad de la sociedad en que vivimos.

Su afán, muy meritorio, es combatir la iniquidada ambiente, despertar en las almas un sentimiento de adversión hacia todo lo que es espurio, hipócrita,.o mezquino, y que hace en la mayoría de los casos la infelicidad de aquellos seres débiles, que creen hallar la dicha por tan tortuosos procedimientos.

En *Aurora*, una de sus más aplaudidas piezas, Dicenta, como otros muchos: Echegaray, Rusiñol y una larga serie de escritores contemporáneos, se esfuerza en presentarnos la corrupción o amoralidad de ciertos medios sociales, donde predomina sobre todo otra consideración las preocupaciones del lujo, y la apariencia y de la insubstancialidad. Como lo realiza es un juicio que deparamos a nuestros lectores.



James M. Smith

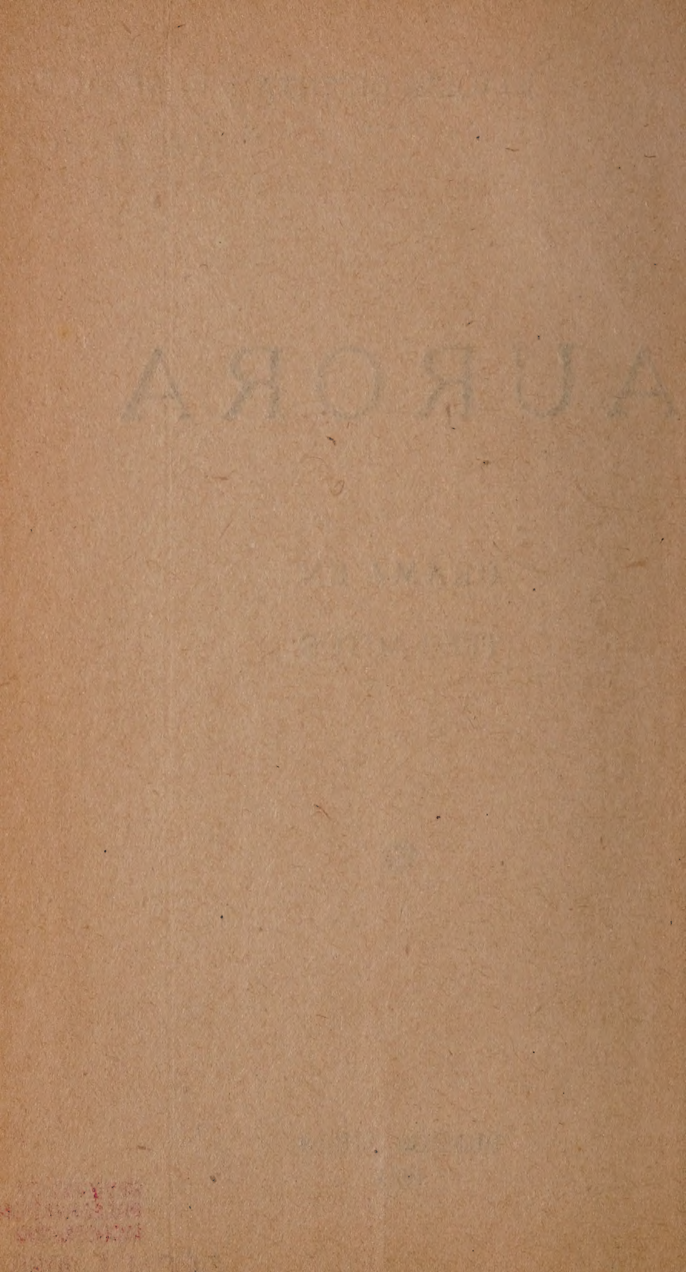
JOAQUÍN DICENTA y BENEDICTO
(1863-1917)

AURORA

DRAMA EN
TRES ACTOS



BUENOS AIRES
1924



PERSONAJES

AURORA
MATILDE
DOÑA REMEDIOS
PETRA
MANUEL
ENRIQUE
DON HOMOBONO
EL DOCTOR RAMÍREZ
UN CRIADO

AURORA

ACTO PRIMERO

El teatro representa el despacho destinado a Manuel en el hotel donde viven Remedios, su hija Matilde y don Ambrosio, hermano de Remedios. Puerta al fondo cubierta por amplia colgadura de terciopelo rojo. A un lado y otro de esta puerta, armarios de cristales. Uno de ellos estará lleno de libros primorosamente encuadernados; el otro, que estará forrado en rojo por dentro, ostentará sobre sus estantes múltiples y brillantes aparatos quirúrgicos.

A la izquierda, en primer término, un balcón; en segundo una puertecita que se supone comunica con el gabinete de reconocimientos. Delante del balcón habrá una mesa ministro de nogal, y un sillón de cuero de Córdoba con respaldo de talla. Encima de la mesa todos los utensilios "de ritual"; gran tintero, prensapapeles, toma-notas, termómetro, lámpara eléctrica, etc., etc.

En el lateral derecha, ocupando el centro del mismo, una puerta que supone comunicar con las restantes habitaciones de la casa. Esta puerta, así como la de la izquierda y el balcón del mismo lateral, ostentará cortinajes, iguales en color, a los de la puerta del fondo.

En las paredes libres, cuadros y retratos al óleo. Uno de estos retratos representará un viejo en traje de general, con el pecho lleno de cruces y bandas.

El mueblaje de la habitación será, exceptuando un "puff" de terciopelo rojo, que ocupará el centro del despacho, de nogal y cuero.

Encima del "puff", habrá un busto de Hipócrates, y en los ángulos de la decoración, que será cerrada, bustos de hombres célebres colocados sobre repisas de nogal.

Del techo y perpendicular al "puff", penderá una lámpara eléctrica de cuatro brazos.

La escena comienza al mediar la mañana. Al levantarse el telón aparecen en escena REMEDIOS, sentada en un diván, que ocupará el primer término izquierda de la escena, el DOCTOR RAMÍREZ, que estará sentado al lado de Remedios y MATILDE en pie, figurando examinar el mueble y decorado de la habitación.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, REMEDIOS y el DOCTOR RAMÍREZ

MATILDE

¡Vamos!... ¡No tendrá queja del despacho! (*Dirigiéndose donde están Remedios y Ramírez.*)

REMEDIOS

Faltaría que la tuviese habiéndolo arreglado yo bajo la dirección técnica del ilustre doctor Ramírez, de este querido amigo de mi juventud, ¡de esta ilustre panacea de mi vejez! (*Con tono jocoso.*)

DOCTOR RAMÍREZ

¡Y qué juventud la suya, Remedios!... ¡Cuidado si era usted hermosa y tentadora y codiciable y!....

REMEDIOS

No tanto... (*Con coquetería.*)

DOCTOR RAMÍREZ

Lo es usted aun: ¡pero entonces!... Muchas veces entré a visitarla como médico y salí de su habitación en clase de enfermo. ¡Qué recuerdos! ¿eh?... ¡Ay, amiga de mi alma!...

REMEDIOS

¡Ay, doctor! (*Con resignación picaresca.*) No evoque usted cosas pasadas, pecadillos de vanidad y coquetería; mundanos delirios que abominé *por siempre jamás,* al convencerme de que sólo en Dios reside la suprema ventura. (*Con hipocresía.*)

DOCTOR RAMÍREZ

Sí, señora, sí. (*Con sorna.*) Ha cambiado usted mucho de tres o cuatro años a esta parte. Entre Dios y el reuma nos la tienen a usted secuestrada.

MATILDE

Indudablemente. Y eso que, si mamá quisiera, aún podría darme un padrastro.

DOCTOR RAMÍREZ

Si hace falta uno, aquí estoy yo.

REMEDIOS

(*Con satisfacción.*) ¡Este Ramírez!... (*Con afectada seriedad.*) Vaya, vaya, ocupémonos en el despacho de mi sobrino. ¿Verdad que resulta precioso?

MATILDE

Admirable.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Cuánto dinero va a meter tu presunto marido en estos cajones! (*Golpeando los de la mesa del despacho. A Matilde.*)

MATILDE

(*Con mal disimulada ansiedad.*) ¿Cree usted que sí?

REMEDIOS

De seguro.

DOCTOR RAMÍREZ

No te quepa duda. Aparte de su ciencia, posee la más infalible condición para ganar dinero a esportones.

MATILDE

¿Cuál?

DOCTOR RAMÍREZ

(*Con sarcasmo.*) No necesitarlo.

MATILDE

Eso...

DOCTOR RAMÍREZ

(*Interrumpiendo.*) Me parece que con dos millones de pesetas que os entregará don Homobono el día de la boda, no os moriréis de hambre.

REMEDIOS

Sin embargo, Manuel, usted lo sabe, quiere trabajar en su profesión; y hace perfectamente. Por mucho dinero que haya, nunca está de más.

MATILDE

Di otra cosa: que está siempre de menos.

DOCTOR RAMÍREZ

No obstante, con la renta de esos millones, y lo que Manuel gane, podrás divertirte a tu antojo. Van a llamaros la pareja feliz.

MATILDE

¡La pareja feliz! (*Como preocupada.*)

REMEDIOS

¡A ver!... Lo mismo decía tu pobre tío, el general difunto. (*Señalando el retrato de la derecha.*) Por eso encargó en el testamento, a su mandatario y herederos, que os entregasen a ti y a Manuel, si os casábais, esos cuatrocientos mil duros. Pensaba en todo aquel caudillo.

DOCTOR RAMÍREZ

Sí, señora; en todo. Gracias a él podemos decir que los norteamericanos sólo poseen la mitad de nuestras colonias.

MATILDE

¿Por qué?

DOCTOR RAMÍREZ

Porque la otra mitad se la trajo él a España. Era un patriota.

REMEDIOS

(*Semiofendida.*) ¡Ramírez!

MATILDE

Hizo perfectamente.

DOCTOR RAMÍREZ

Sobre todo para la comunidad de monjas que administra don Homobono.

REMEDIOS

Las monjas...

DOCTOR RAMÍREZ

(*A Matilde.*) Excepción hecha de la suma que recibiréis cuando os casen, han heredado todos los ahorros de aquel aprovechado y católico capitán.

MATILDE

Pero...

DOCTOR RAMÍREZ

El general era muy precavido y se precavió también para el viaje eterno, girando un millón de duros al paraíso. Así no le habrán puesto dificultades.

REMEDIOS

Fué un santo.

DOCTOR RAMÍREZ

Y Manuel y tú seréis dichosos, muy dichosos.

REMEDIOS

Eso espero.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Vaya!... Ricos, jóvenes, Manuel con talento, con hermosura tú, ¿qué más necesitáis?... Para tus comodidades este hotel; para sus ganancias este despacho. Visitas de cortesía y visitas de enfermo no faltarán. Con el dinero que dejen las segundas, podéis sufragar el gasto que hagan las primeras.

REMEDIOS

No obstante...

MATILDE

Por mucho que sepa Manuel, mientras se acredita...

DOCTOR RAMÍREZ

Dale ya por acreditado. Un coche a la puerta, una casa magnífica, un despacho como este... y veinte mil duros de renta, acreditan a un médico antes que todas las curas y todos los diplomas del orbe.

REMEDIOS

¡Qué tontería! (*Riendo.*)

DOCTOR RAMÍREZ

Es el evangelio. Los enfermos y las alondras se parecen mucho. Hay que cazarlos con espejuelo.

REMEDIOS

¡Ah, pícaro!

DOCTOR RAMÍREZ

(*A Matilde.*) ¡De modo que dentro de un par de meses, esposa de tu primo!... del viajero que hoy esperamos.

MATILDE

Sí, señor.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Desventurado Enrique! (*Con lástima cómica.*)

MATILDE

¡Enrique! (*Confusa.*)

REMEDIOS

(*Al doctor.*) ¿Pero usted cree que Matilde ha tomado eso en serio? Ni Enrique tampoco. Galanterías, tontunas de jóvenes. Ni él ni ésta recuerdan ya semejante cosa... (*Breve pausa. Como recordando.*) Y las horas pasan y esa maldita... (*Con hipócrita arrepentimiento.*) ¿He dicho maldita?... ¡Jesús, Dios me perdone!... La costurera entretenida por allá dentro y sin venir a terminar el arreglo de las colgaduras. (*Toca un timbre que habrá sobre la mesa del despacho.*)

DOCTOR RAMÍREZ

(*Bajo a Matilde.*) De modo que ¿a Enrique carpetazo? (*Con ironía.*)

MATILDE

(*Con sequedad.*) Ya oyó usted a mamá. (*Entra Petra por la puerta lateral derecha.*)

ESCENA II

Dichos y PETRA. En seguida AURORA

PETRA

¿Señora?

REMEDIOS

¿Y la costurera?

PETRA

Aquí viene. (*Entra Aurora por la puerta lateral derecha llevando entre las manos un lío de flecos encarnados. Vestirá traje obscuro de lana y delantal blanco.*)

REMEDIOS

(*A Aurora.*) Hija, ¿usted cree que se la paga para no trabajar? (*Con dureza.*)

AURORA

(*Con humildad.*) Señora, trabajando estaba. Había que unir los flecos y uniéndoles estuve hasta ahora.

REMEDIOS

Bien, bien. De todos modos, y para una cosa tan sencilla, es mucho tardar. No hubiera tardado tanto yo.

PETRA

(*A Aurora.*) ¡Ella!... El otro día tardó hora y media en pegar la manga de una blusa... y la pegó al revés.

REMEDIOS

(*A Petra.*) ¿Qué haces ahí de conversación con Aurora? Terminaste ya tu tarea?

PETRA

No, señora.

REMEDIOS

¿Qué aguardas entonces? (*A Ramírez que hojea un libro.*) Como usted es de casa, me permito reñir a esta gente.

DOCTOR RAMÍREZ

Por mí no hay que reprimirse: desahóguese usted.

REMEDIOS

Son insufribles. (*Petra, que se dirige al fondo, llega cerca de Matilde.*)

MATILDE

(*Bajo a Petra.*) ¿Ha vuelto Enrique?

PETRA

(*Bajo a Matilde.*) No.

MATILDE

(*Idem a Petra.*) En cuanto llegue avísame sin que nadie se entere. (*Petra hace un ademán afirmativo y sale por el fondo.*)

ESCENA III

AURORA, MATILDE, DOCTOR RAMÍREZ, al final MARIANO

REMEDIOS

(*Al doctor.*) Lo repito: son insufribles.

DOCTOR RAMÍREZ

(*Con sorna.*) ¡Paciencia!... Dios aconseja tener mucha.

REMEDIOS

Se conoce que Dios no necesita lidiar con criadas y con costureras. (*A Aurora.*) ¿Qué haces ahí mano sobre mano?

AURORA

Esperando que me manden ustedes.

REMEDIOS

Deja eso en una silla, (*los flecos*) entra en aquel

cuarto. (*El de la izquierda.*) Y haz un dobladillo por abajo a la cortina del balcón. (*A Matilde.*) Arrastra mucho. (*A Aurora.*) Cuando termines vuelves aquí y acabas de arreglar los flecos.

AURORA

Está bien, señora. (*Sale Aurora por la izquierda a tiempo que entra Mariano por el fondo.*)

MARIANO

(*Desde el fondo.*) Don Homobono y el señor.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Cómo! ¿Ya había salido de casa su hermano de usted? (*A Remedios.*)

REMEDIOS

Sí.

MATILDE

¡Vamos, son puntuales!

REMEDIOS

Tienen ustedes tiempo sobrado para ir a la estación en busca de Manuel. (*Entran por el fondo don Ambrosio y don Homobono. Mariano que sostiene las colgaduras se inclina ante ellos y sale.*)

ESCENA IV

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, EL DOCTOR RAMÍREZ y DON AMBROSIO

DON AMBROSIO

(*A Remedios.*) ¡Hola, hermana! (*A Matilde y al doctor.*) Felices.

DON HOMOBONO

(*Acercándose a Remedios.*) ¡Mi señora doña Remedios! (*A Matilde, dándole un golpecito cariñoso en la cara.*) ¿Y tú, Matildita? Muchos recuerdos me han dado las madres para ti. (*A Remedios.*) Y para usted.

REMEDIOS

¡Siempre tan cariñosas.

DON HOMOBONO

(*Por Matilde.*) Y con esta no hay que decir. ¡Claro! (*A Remedios.*) Son sus maestras, quienes con el auxilio de usted, la educaron. (*A Matilde.*) Las que han hecho de ti lo que eres: una mujer instruída, hacendosa, modesta y buena católica, que es lo principal.

REMEDIOS

No hay otras como ellas. Son...

DON HOMOBONO

(*Interrumpiendo.*) Unos ángeles, señora, unos ángeles...

DON AMBROSIO

Indiscutiblemente.

DON HOMOBONO

Y ¿cómo les va con mi recomendada?

REMEDIOS

¿Con Aurora?

DON HOMOBONO

Sí.

MATILDE

No se porta mal.

DON HOMOBONO

La junta de señoras a quienes sirvo de agente en sus obras de caridad, tienen gran interés por ella; es muy dócil, y puede prestar en casa de usted excelentes servicios, (sobre todo a mí.)

REMEDIOS

En los dos días que lleva de costurera en casa, no tenemos queja.

DOCTOR RAMÍREZ

(*A Ambrosio.*) Y tú ¿cómo tan madrugador, hombre?

DON AMBROSIO

Por culpa de un pleito que me trae a mal traer. Tengo que fallarlo cuanto antes y estoy preocupado, ¡muy preocupado!

MATILDE

¡Pobre tío!

DON HOMOBONO

(*A don Ambrosio.*) Asunto intrincado, ¿eh?

DOCTOR RAMÍREZ

¿Difícil?

DON AMBROSIO

Difícil por sí, no; pero el ministro tira de un lado; la marquesa de Altora, esa influyente y hermosísima dama, de otro, y no sé a qué carta quedarme.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Vaya!... (*Con ironía.*)

DON AMBROSIO

Te digo que es una gran contrariedad. De una parte el ministro... esa mujer de otra... ¡Qué ministro más exigente, y qué mujer tan guapa!

DOCTOR RAMÍREZ

De suerte que te hallas entre la política y la hermosura. ¡Infeliz Ambrosio! Son esos dos escollos terribles ante los cuales naufraga con frecuencia la justicia.

DON HOMOBONO

¡La justicia es siempre la justicia!

DOCTOR RAMÍREZ

Naturalmente. Y una mujer guapa, una mujer guapa; y un ministro, un ministro.

REMEDIOS

De todas maneras, indisponerse con los ministros es mala cosa. Acuérdate de los traslados que sufriste a causa de aquel personaje.

DON AMBROSIO

¡Vaya si me acuerdo!

DOCTOR RAMÍREZ

Mira, Ambrosio, a tu edad, y en lo compatible con la justicia, debes optar por el ministro. Como magistrado aun puedes ascender; como hombre ya perteneces a las clases pasivas.

DON HOMOBONO

¡Qué Ramírez este!

DON AMBROSIO

Dejémonos de bromas.

MATILDE

(*Impaciente.*) De lo que deben dejarse es de charlar tanto, para que no se pase la hora y se encuentre solo Manuel en la estación.

DON AMBROSIO

No te apures, mujer. Tanto como tú, deseamos nosotros verle. Todos le hemos conocido pequeño, y cual más, cual menos, educado.

DON HOMOBONO

La estación no está lejos.

MATILDE

Sí, pero...

DOCTOR RAMÍREZ

¿Tienes mucha prisa en ver a Manuel?

REMEDIOS

Naturalmente.

MATILDE

Yo...

DON HOMOBONO

No te avergüences. La honestidad y la religión no están peleadas con el cariño. Dios no es egoísta. Con tal de que se le admire por sí y se le respete en las personas de sus ministros, disculpa las pasiones humanas; sobre todo cuando estas pasiones, son honradas como la tuya. (*Golpeando cariñosamente la mejilla de Matilde.*) Tener novio y quererle, no es un pecado. (¡Qué cutis más suave tiene esta chiquilla!)

DOCTOR RAMÍREZ

¡Qué ha de ser pecado! Y más tratándose de un novio como tu primo, quien, a más de su corazón, trae la fortuna en su bolsillo; es decir, en el bolsillo de don Homobono.

DON HOMOBONO

Fortuna que yo os entregaré con muchísimo gusto el día de la boda, cumpliendo los deseos de

ese ilustre varón, gloria de la patria y ejemplo de cristianas virtudes. Sí, señorita, tendrán ustedes esos miles de duros. Deseando estoy dárselos.

REMEDIOS

¡Oh, don Homobono!... (*Con gratitud.*)

DON HOMOBONO

¡Señora, por Dios! Se trata del cumplimiento de un deber. El testamento es terminante: "Como no tengo herederos forzosos, lego todos mis bienes a la comunidad, etcétera, encargando y rogando a mi mandatario y herederos, que si mis sobrinos Matilde y Manuel llegan a contraer matrimonio entre sí, les entreguen el día de su boda..."

MATILDE

(*Impaciente.*) Vayan ustedes a la estación que se hace tarde! (¡Y Enrique sin venir!)

DOCTOR RAMÍREZ

(*A todos.*) Sí, vamos. (*A Matilde.*) Vamos en seguida. Te lo traeremos al galope de mis dos caballos; un galope tranquilo. Los caballos de los médicos no tienen costumbre de galopar. Van casi siempre al paso: como los de las funerarias.

DON AMBROSIO

Este hombre se burla de todo: hasta de su oficio.

DOCTOR RAMÍREZ

No ves que lo trato con confianza.

DON HOMOBONO

(*A Remedios.*) A propósito de Manuel: me han dicho que es hombre a la moderna, de ideas... de esas ideas revolucionarias, opuestas a los mandatos de la iglesia y la sana moral.

REMEDIOS

(*Precipitadamente.*) ¡No lo crea usted Manuel sólo se ocupa de su carrera y de sus librotes.

AMBROSIO

Y de Matilde, por quien cada día muestra afecto mayor.

DON HOMOBONO

Me habrán engañado; y me alegro. Sería lástima que parte de un caudal amasado por hombre tan piadoso como el difunto, cayera en manos de un impío.

REMEDIOS

Le han engañado a usted; Manuel, en las cartas que dirige a Matilde, habla algunas veces de cosas que ni ésta ni yo comprendemos; pero se refiere a sus estudios, a sus proyectos. De la religión y de la Iglesia nunca dijo una palabra.

DON HOMOBONO

Más vale así.

MATILDE

(*A don Homobono.*) No piense usted en ello y vayan a buscarle.

DON AMBROSIO

¡Andando!

DON HOMOBONO

¡Hasta después! (*Salen por el fondo don Homobono, el doctor Ramírez y don Ambrosio.*)

MATILDE

¡Ay! ¡Gracias a Dios!

ESCENA V

REMEDIOS, MATILDE, al final AURORA y PETRA

MATILDE

¡Qué aprensivo es el hombre! ¡Bastante importará que Manuel sea o no sea religioso!

REMEDIOS

¡Matilde!

MATILDE

No es eso lo que le importa a él. Lo que le importa es soltar el dinero, la herencia, para disfrutar de la cual he de casarme con mi primo.

REMEDIOS

¡Qué cosas dices! Pensar así de don Homobono...

MATILDE

Como gustes.

REMEDIOS

Por supuesto, lleva razón. Ignoro si Manuel cree en Dios o no cree, pues sus cartas son muy extravagantes.

MATILDE

Sí. (*Distraída.*)

REMEDIOS

Fué un disparate dejarle marchar al extranjero. ¿A qué fué?... A tomar una indigestión de sabiduría: ¡cómo si para ser un buen médico hiciese tanta falta viajar! Lo que hace falta, son visitas. ¡Sabe Dios cómo se habrá vuelto en estos cinco años! En fin, lo importante es que os caséis y que os entreguen el dinero.

MATILDE

Como que sin dinero no se puede vivir, ni gozar, ni tener éxitos en el mundo.

REMEDIOS

Y que nuestra bolsa anda poco abundante. Sostenemos un tren superior a nuestros recursos; todo son ahogos...

MATILDE

No temas. Antes se hará la boda que llegues al fondo de tu caja.

REMEDIOS

Y cuanto antes serás feliz; porque tú quieres a Manuel.

MATILDE

(*Con displicencia.*) Sí.

REMEDIOS

¡Indudablemente! Aquello de Enrique...

MATILDE

¡Enrique!

REMEDIOS

No es que yo presuma... Ya sé que eres juiciosa y que por un capricho de niña no ibas a matar tu porvenir. Enrique es pobre; nosotros sólo contamos con un modestísimo pasar...

MATILDE

¡Mamá, yo!...

REMEDIOS

Por ti no habrá obstáculos, lo sé. Como no los ponga tu primo.

MATILDE

(*Sorprendida.*) ¡Manuel! (*Con orgullo.*) ¡Poner obstáculos Manuel! (*Pasando por delante de un espejo y mirándose.*) ¿Valgo yo tan poco?... Manuel está enamorado de mí; todas sus cartas lo demuestran. Antes de marcharse me adoraba... ¿No seguirá adorándome cuando me vuelva a ver? ¿He perdido tanto?

REMEDIOS

¿Tú perder, hija mía?

MATILDE

¡Entonces!... Anda, mamá, vamos a arreglarnos un poco. (*Entra Aurora por la izquierda.*)

ESCENA VI

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, luego PETRA

AURORA

(*A Remedios.*) Ya está eso, señora.

REMEDIOS

Pues empieza con las cortinas. (*Toca el timbre que está encima de la mesa-despacho.*) Y daos prisa para que esté concluído antes que venga el señorito. (*Entra Petra por el fondo.*)

PETRA

¿Llamaban ustedes?

REMEDIOS

Ayuda a ésta. (*Por Aurora.*) (*Salen Remedios y Matilde por la derecha.*)

PETRA

(¡A ésta!... ¡A ésta!) ¡Como si no tuviese un nombre!... Pero ¿qué es lo que se habrán *figurao* de nosotros *ésas?*

ESCENA VII

AURORA y PETRA

AURORA

No te enfades: así está hecho el mundo. Cada uno nace en él *pa* una cosa: ellas *pa* ser felices: nosotras *pa* pasar trabajos.

PETRA

¡*Pa* ser felices!... Así como así, ¡lo merecen! Sobre todo *éstas*: la niña y la mamá!

AURORA

(*Trabajando.*) ¡Mujer! (*En son de protesta.*)

PETRA

Deja la labor, chica. Si no está dentro de media hora, estará dentro de una. No te atosigues: lo mismo han de agradecértelo y de pagártelo.

AURORA

(*Suspendiendo su labor.*) ¡Ay! (*Suspirando.*)

PETRA

¿Por qué suspiras? ¿Estás de hocico con tu novio?

AURORA

(*Con tristeza.*) ¡Mi novio!

PETRA

O lo que sea. Algo hay que tener. *Miá* que si después de pasarse una *encerrá* en casa quince días,

trajinando como una mula, y aguantando *pelmas,* tuviese una que salir sola a paseo, y divertirse sola, *aviá* estaba una!

AURORA

(*Con amargura y como hablando consigo misma.*) ¡Sola!

PETRA

Y este es otro cantar. En *toas* las casas *aonde* entrar a servir, te dicen las señoras: "Le participo a usted que a mí no me gustan los novios ni los trapicheos." ¡*Miá* que no gustarles!... Serán los de las otras, porque los suyos ¡*camaraita* si les gustan!

AURORA

¡Ay! (*Suspirando.*)

PETRA

¿Otro ,ay?... ¿Te duele algo, muchacha?

AURORA

El corazón me duele.

PETRA

¿De qué?

AURORA

De pensar que nacimos muy desdichadas.

PETRA

(*Sorprendida.*) ¡*Desdichás!*

AURORA

Sí.

PETRA

¡Bah!... No me tengo por *desdichá* yo. Cierto que sufro los malos humores y las impertinencia de mis amos; pero también me dvierto con sus líos y me aprovecho de ellos: y tontera de éste, gatuperio del otro, y propina de aquél, no lo paso mal.

AURORA

Si con eso tienes bastante...

PETRA

Con eso y con otra porción de cosas. ¡Poquito me me divierto yo en las casas *aonde* sirvo, *manque* no haya señoritos jóvenes!

AURORA

¡Divertirte!

PETRA

¡La mar! Los señores se burlan y se ríen de nosotras siempre. ¡Buenos *primos* están! nosotros sí que podemos burlarnos y reirnos de ellos.

ARORA

¿Nosotros?

PETRA

Sí, mujer; ¿qué saben ellos de sus *criaos?* Lo que sus *criaos* les quieren decir. ¿Qué sabemos nosotros de ellos? Pues *toó;* sus secretos y sus trampas y sus *inominias* y sus *ruindaes.* Calcula quién puede reirse mejor. Si los *criaos* escribiéramos como esos de los libros ¡cuántas novelas haríamos con la verdad!...

AURORA

¡Petra!

PETRA

Yo no me quejo.

AURORA

Y yo sé que es menester conformarse con la suerte que le toca a una; y me conformo y me doy por contenta cuando encuentro donde ganarlo, como ahora que, gracias a don Homobono, he *entrao* aquí a coser.

PETRA

¡Entonces!

AURORA

Pero hay momentos en que tomaría carrera y me rompería la cabeza contra las paredes.

PETRA

¿Y eso?

AURORA

Ha sido muy perra mi vida. (*Con desesperación.*) ¡Muy perra!... Créelo.

PETRA

Como la mía: como la de *toas* las *probes.*

AURORA

No; más, Petra, más.

PETRA

¿Más?... Ya te comprendo, ea. Tú has recibido un desengaño gordo en los siete años que hace que no nos vemos.

AURORA

¡Dios mío!

PETRA

No *jipes,* no te recomas por dentro. Desahógate, mujer. Digo si te doy confianza para ello.

AURORA

¿No has de dármela? Juntas nos criamos: en el mismo barrio nacimos.

PETRA

Y de la misma hambre hemos partido la ración. Malos tiempos eran aquellos.

AURORA

¿Te acuerdas?

PETRA

¡Si me acuerdo, preguntas!

AURORA

¡Descalzas, vestidas de andrajos; solas en medio de la calle desde pequeñas. Solas y sin calor de nadie; ni aun el de nuestros padres, ni el del sol. Nuestros padres en la obra o en la fábrica; el sol sin acercarse nunca a nosotros porque la calle era tan estrecha que no lo dejaba pasar, y nosotras... Nosotras a la merced de Dios, haciendo juguetes con la basura del arroyo.

PETRA

Y *asín toa* la semana.

AURORA

Menos el sábado que era peor aun, porque el sábado nuestros padres se emborrachaban y se gas-

taban el jornal juntos y volvían a casa con el mismo mal humor, y el mismo mal vino, y a la misma hora.

PETRA

(*Interrumpiendo.*) Y a la misma hora, en punto les atizaban a nuestras madres la misma tanda de cachetes. Tu padre y el mío se parecían una *atrocidá*. Pa mí que eran dos gemelos de *incónito*. Los domingos era mejor.

AURORA

Si se había *trabajao* durante la semana. Si no, era un día de hambre más.

PETRA

Es nuestro sino: trabajar o andar con el apetito a *morrás*. Diez años teníamos cuando entramos tú y yo en la *frábrica*.

AURORA

(*Con odio.*) ¡La fábrica! ¡Maldita sea! ¡Cuánto la odio!... En ella quedaron los dos únicos regalos buenos que Dios me hizo; mi niñez y mi honra.

PETRA

¡Ay! (*Con tristeza y escepticismo.*)

AURORA

La primera vez que entré en la fábrica lo hice volviendo la cabeza *pa* mirar a la calle, donde quedaban otras niñas, disfrutando del aire, del sol, mientras yo iba a sufrir el humo de los fósforos y la humedad negra del taller; otras niñas que jugagan a la luz mientras yo trabajaba a la sombra!... Cuando salí por última vez de la fábrica, lo hice bajando la cabeza y cerrando los ojos, *pa* no ver a las otras mozas, a las que de niñas me contemplaban con orgullo porque eran más felices que yo y de jóvenes podían mirarme con desprecio porque eran más *honrás*. ¡Ay Dios mío!... (*Sollozando.*)

PETRA

Vamos mujer, vamos.

AURORA

¡Y aquél hombre! ¡Aquél hombre!... (*Con rencor, con desesperación.*) ¡Bien se aprovechó de mi ignorancia!... ¡Era el amo, el amo!, el que desde pequeña mandaba en mi voluntad y en mi cuerpo! Tan acostumbrada estaba a obedecerle, que hasta, *pa* deshonrarme le obedecí.

PETRA

¡El tío canalla!

AURORA

Muy canalla. ¡Mucho! Yo había cumplido entonces, catorce años. ¡Qué sabía yo!... ¿Eres niña? ¿Aún no te has *enterao* de nada, ni de lo que es vivir y gozar tan siquiera? Pues duro, a la fábrica, a ganarte el pan, a sacarte un salario, porque es preciso, porque el salario de los padres no basta para *tóo;* a obedecer al amo, que es quien dispone de tu jornal y de tu comida; quien puede echarte de la fábrica a puntapiés y hacer que revientes de hambre en medio del arroyo. El amo es tu Dios: dispone de ti, manda en ti... Esta idea es la que le meten a una en los sesos, y una, claro, a cumplir con el amo, a sudar *pa* él, a trabajar *pa* él, a hacerse tiras la carne y polvo los huesos por él. ¡Qué remedio! Es la obligación. Y si el sudor te ahoga, y el fósforo te asfixia, y el trabajo te mata, y tu carne se rompe a cachos, y tus huesos se parten a *crujíos,* ¡no importa! Aguántate que *pa* eso te pagan. Y si no basta eso, si el amo necesita tu carne *pa* su diversión como la necesita *pa* su enriquecimiento, a dársela también: ¡por algo mantiene a tus hermanos y a tus padres, y a ti! ¡Por algo te da una peseta de jornal! ¡*toos* los días!... Ahí tienes lo que aprendí yo; lo que me enseñaban mis compañeras. ¡Ahí lo tienes! Y como me enseñaban

esto, y me decían esto, y no sabía, ni veía otra cosa que esto, ¿qué iba a hacer yo, Petra? Lo que hice; lo que él quiso. ¡Qué afortunadas son las obreras feas! ¡A ésas no les piden más que trabajo! (*Rompe en sollozos.*)

PETRA

¡Vaya, vaya, no te acongojes! Lo que no *tié* remedio a la espalda.

AURORA

Después lo de siempre; como una es un estorbo *pa* el amo, a la calle: a la calle fuí.

PETRA

Y claro, tus padres te pusieron de vuelta y media y te echaron las cosas en cara cuando te quedaste sin jornal. Eso es lo que sucede.

AURORA

Al poco tiempo, ya lo sabes, mi padre se cayó del andamio y se estrelló contra las piedras, mi madre murió cinco meses después y nosotros, los hijos, los hermanos, echamos cada uno por su *lao,* a buscárnoslas, a no volver quizá a vernos en el mundo, como los pájaros pequeños, cuando un tiro mata a los grandes. ¡Sola me quedé! ¡Sola!... ¿Por qué no me morí el mismo día que mi madre? ¡Me hubiese *ahorrao* tantos sufrimientos y tantas vergüenzas!

PETRA

¡Chica! (*Tratando de consolarla.*)

AURORA

Un día me encontré sin trabajo y caí enferma y me llevaron al hospital... ¡En el hospital conocí a Manuel. (*Con pasión.*)

PETRA

¡A Manuel! (*Con asombro cómico.*).

AURORA

Sí, a Manuel. ¿Por qué me miras así como si desearas alguna cosa?

PETRA

Pues *pa* que me presentes a Manuel, porque no tengo el honor de tratarle.

AURORA

Estaba en mi sala de practicante. Casi un chiquillo; veintiún años. ¡Se condujo tan bien conmigo, me tuvo tantas atenciones mientras duró mi enfermedad!... Era tan cariñoso, tan simpático...

PETRA

Que te enamoraste de él y él de ti.

AURORA

Sí, Petra. Le quise como no había querido nunca, como no querré más. Manuel me resultaba un hombre distinto de los otros. Me parecía un Dios; y eso fué, en aquel año de felicidades, mi Dios... ¡Le debo tanto! Me enseñó a leer, a escribir, más que eso todavía, a ser buena: a lo que no me había *enseñao* nadie.

PETRA

Eso...

AURORA

Y ¿sabes tú, Petra? A medida que iba aprendiendo lo que él me enseñaba, a medida que iba siendo otra criatura, le quería más, y sentía más vergüenza, y más odio, contra el *pasao*, y más asco de mí.

PETRA

¿Por qué?

AURORA

Porque ese *pasao* nos separaba; porque él no podía querer, con querer duradero, a una *desdichá* como yo; porque él necesitaba otra mujer que le diese lo que yo no podía darle. Esa es la mujer que él merece, la que merece, la que tendrá.

PETRA

Pero Aurora...

AURORA

¿Comprendes ahora mi desesperación? Yo hubiera querido ser esa otra mujer y llegar a Manuel como llegará la otra, sin llevar en la carne las caricias de ningún hombre y en la conciencia, el recuerdo de ninguna infamia... ¡Ah! ¿por qué no le conocí antes? ¿Por qué no vino a mi encuentro aquel día maldito? ¿Por qué no estuvo en la puerta de la fábrica cuando yo llegué a ella y me cogió por un brazo y me llevó con él?... ¿Quién más dichosa entonces?... No fué así: vino tarde: recogió en mí, lo que había *sobrao* a los otros... No: yo no era *pa* él: por eso admití *resigná* el momento de la separación.

PETRA

¿Os separásteis?

AURORA

¿Qué íbamos a hacer? Era preciso. Ni él podía sacrificarse por una mujer como yo, ni yo permitir que lo hiciera. Nos separamos. Al poco tiempo él marchó fuera de Madrid, yo continué trabajando y sufriendo. Era justo; no le merecía. Que Dios le pague el bien que me ha hecho.

PETRA

¿A ti? ¡Bien a ti!

AURORA

¿No te dije que me enseñó a ser buena?

PETRA

¡Si no estás loca te falta el canto de una perra chica! Pues por eso, porque te has vuelto buena no debió dejarte. Más vale la que aprende a ser mala y se vuelve buena que la que aprendiendo a ser buena se hace mala. Por supuesto ésas tienen más suerte.

AURORA

¡Quién sabe!

PETRA

Cualquiera. Pregúntasela a la señorita Matilde. Ahí está la moza preparándose a recibir al que viene a casarse con ella y entendiéndose con Enrique.

AURORA

No murmures. Eso no puede ser, Petra.

PETRA

¡Que no! Como viniste anteayer, no has tenido ocasión de fijarte.

AURORA

Vaya, vaya, déjame concluir la tarea. (*Aurora se arrodilla delante del balcón que está frente a la mesa y empieza a coser la colgadura, colocándose en forma que la mesa la oculte por completo a los ojos de los que entren por la puerta de la derecha y a los de los que entren por el fondo. Entra Matilde por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII

AURORA, PETRA, MATILDE. Al final ENRIQUE

MATILDE

(*A Petra.*) ¿Aún no vino Enrique?

PETRA

No, señorita.

MATILDE

¡Parece mentira que tarde tanto! (*Con impaciencia.*) ¡Y hoy... hoy! (*Entra Enrique por el fondo.*)

PETRA

(*A Matilde.*) Aquí está don Enrique.

MATILDE

(*Dirigiéndose hacia Enrique, que también se dirige a ella.*) ¡Por fin!... (*Sale Petra por la puer-*

ta de la derecha. Enrique y Matilde se encuentran en el céntro de la escena. Enrique rodea con un brazo la cintura de Matilde, acción que es vista por Aurora.)

ESCENA IX

MATILDE, ENRIQUE, AURORA, oculta por la mesa y sin ser vista de Matilde y Enrique

ENRIQUE

He tardado mucho, ¿verdad?

MATILDE

En ascuas me tenías.

AURORA

(*Haciendo un ademán de sorpresa grande al ver el abrazo de Matilde y Enrique.*) (¡Eh!) (*Enrique coge entre sus manos una de las de Matilde y conduce a ésta al "puff", donde toman asiento los dos, volviendo la espalda a Aurora.*)

MATILDE

(*A Enrique.*) Temía que vinieses tarde. No vernos, no hablarnos antes de llegar él. (*Aurora seguirá toda la escena con atención creciente, interrumpiendo su labor para manifestar con sus gestos la impresión de vergüenza y asco que el diálogo entablado entre Matilde y Enrique le produce. Es esta una escena durante la cual la actriz habrá de suplir la palabra con la expresión de su fisonomía, con objeto de evitar apartes siempre convencionales y casi siempre ilógicos. Escena durante la cual deben reflejarse en el rostro de aquella obrera envilecida por la miseria y por el abandono, pero honrada de condición y leal de carácter, múltiples sentimientos, entre los cuales predominarán dos: el de irse encontrando superior, poco a poco, a los dos miserables que tiene enfrente, y el del asombro y*

la repugnancia que maldades, de las que ella no es capaz, le producen. Al talento y a la discreción de la actriz encargada del papel de Aurora queda confiada esta escena que ella sola debe crear y transmitir al público.)

ENRIQUE

Vernos sí; porque verte constituye la felicidad mía; pero hablarnos... ¿De qué y a qué? Cuanto podíamos hablar lo hemos hablado anoche.

MATILDE

Es que yo...

ENRIQUE

Lo inevitable no se discute.

MATILDE

Enrique...

ENRIQUE

Si yo siguiera los impulsos de mi corazón, de mi ser entero, que no halla, que no podrá hallar en el mundo criatura como ésta cuya sangre arde junto a mí, te diría: "No te cases, renuncia a Manuel, seamos el uno del otro para siempre, sin obstáculos, sin mortificaciones de ninguna clase; gocemos a la luz del día lo que en el misterio gozamos hoy.

MATILDE

¿Eso dirías? (*Con pasión.*)

ENRIQUE

Con toda mi alma. ¿Pero y luego?

MATILDE

¡Luego! (*Con tristeza.*)

ENRIQUE

¿Lo ves? Tú misma contestas con ese luego. Tú también comprendes como yo, que la boda con Manuel es inevitable.

MATILDE

¡Ay! (*Suspirando.*)

ENRIQUE

(*Cogiendo las manos de Matilde y oprimiéndolas*

entre las suyas.) Deshecha tu boda con Manuel, adiós fortuna; adiós caudales y señoríos de riqueza y de lujo. Adiós, porvenir tuyo; adiós, porvenir mío también.

MATILDE

¡Cómo!

ENRIQUE

Yo soy pobre. Tú necesitas riquezas para ser dichosa; yo las necesito para imponerme a las gentes, para dominarlas. Ni tú ni yo podemos renunciar a nuestras ambiciones; seríamos muy desgraciados. En cambio, si tú te casas con Manuel, si yo logro encontrar la fortuna que busco... la que hallaré.:.

MATILDE

Enrique...

ENRIQUE

La hallaré, sí.

MATILDE

¿Y yo?

ENRIQUE

¡Para mí no existe, no existirá nunca más que una mujer en el mundo! *(Atrayendo a Matilde hacia sí.)*

AURORA

¡Qué infames! *(Se levanta indignada y sin poderse contener, produciendo un ruido que hace volver la cabeza a Matilde y Enrique.)*

ENRIQUE

¡Gente! *(Sorprendido.)*

MATILDE

¡Aurora! *(Reparando en Aurora, que ha quedado en pie junto a la mesa.)* ¿Estabas ahí? *(Con intranquilidad.)*

ENRIQUE

No, acabo de entrar en este momento. *(Entra Remedios por la derecha.)*

ESCENA X

AURORA, REMEDIOS, MATILDE y ENRIQUE

REMEDIOS

(*Procurando disimular su contrariedad a Enrique.*) ¿Usted por aquí?

ENRIQUE

¿Cómo iba a faltar sabiendo que llegaba hoy a esta casa mi antiguo compañero de estudios? Deseando estoy saludarle.

REMEDIOS

(*A Aurora.*) ¿Acabaste?

AURORA

Sí.

REMEDIOS

Vete con Petra al comedor y ayúdala a poner la mesa. Ya no deben tardar. (*Sale Aurora por la derecha.*) Un almuerzo de familia. (*Con intención.*) Si quiere usted quedarse...

ENRIQUE

De ningún modo; me están aguardando en el ministerio a la una en punto. Así que en cuanto salude a Manuel... (*Entra Petra precipitadamente por el fondo.*)

ESCENA XI

MATILDE, REMEDIOS, PETRA, ENRIQUE. Al final, MARIANO y MANUEL

PETRA

¡Señora! ¡Señorita!... Ya llegó el viajero. Acaba de apearse del coche. ¡Qué guapo!

MATILDE

(*Bajo a Enrique.*) ¿De modo que es preciso?

ENRIQUE

(*Bajo a Matilde.*) Preciso.

REMEDIOS

(*A Matilde.*) Niña, ¿qué haces ahí como un poste?... Vamos a buscar a Manuel, a salir a su encuentro. (*A Petra.*) Tú, avisa a Aurora y preparad el lavabo, el baño... todo lo que haga falta.

PETRA

(*Asomándose a la puerta derecha.*) ¡Aurora! (*Llamando.*)

REMEDIOS

(*A Matilde.*) Anda, niña, anda. (*Entra Aurora por la derecha.*)

AURORA

(*A Petra.*) ¿Qué? (*Petra habla bajo con Aurora como trasmitiéndole el recado de doña Remedios. Aurora y Petra se dirigen hacia la izquierda. Remedios y Matilde hacia el fondo. En este momento se abre la puerta de cristales que habrá en el segundo fondo y entra por ella Manuel. Detrás de éste, Mariano, que llevará en las manos una maleta y un portamantas y entrará por la puerta de la izquierda contemplando a Manuel, que sin reparar en ellas se dirige al sitio donde están Remedios y Matilde. La actitud de Aurora al ver a Manuel será de asombro, de dolor y alegría a un tiempo.*)

ESCENA XII

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, PETRA, ENRIQUE, MANUEL. Al final el DOCTOR RAMÍREZ, DON HOMOBONO, y DON AMBROSIO

AURORA

(*Viendo a Manuel.*) ¡Qué! (*Vacilante y apoyándose en la mesa de despacho.*)

MANUEL

(*Dirigiéndose a Matilde y Remedios.*) ¡Tía! ¡Matilde! (*Cogiendo entre sus manos las de Matilde y*

mirándola cara a cara.) ¡Así! ¡Que pueda mirarte de cerca! ¡Estás hermosísima!

MATILDE

Manuel...

AURORA

(¡Manuel! ¡Y es a este, ¡a mi Manuel! al que esos miserables quieren engañar!) (*Con desesperación.*)

PETRA

(*Bajo a Aurora.*) ¿Qué tienes? *Paeces* una muerta... se te saltan las lágrimas...

AURORA

¡Yo!... ¡Qué tengo yo!... ¡Nada! Vamos a cumplir nuestra obligación. (*Sale por la puerta de la izquierda seguida de Petra.*)

MANUEL

(*Reparando en Enrique.*) ¡Caballero!... ¡Calla, si es Enrique!... ¡Perdóname, chico! (*Abrazándole. Entran por el fondo el doctor Ramírez, don Ambrosio y don Homobono, a tiempo que aparece por la izquierda Mariano y se retira por la derecha.*)

DON AMBROSIO

Manuel anda más deprisa que nosotros. (*A Remedios.*)

MANUEL

(*A Enrique.*) ¿Conque bien?

ENRIQUE

Admirablemente. Y ya—sólo me detuve para ello—ya que te he dado la bienvenida, me despido de ti.

MANUEL

¿Tan pronto?

ENRIQUE

Asuntos urgentísimos. Nos veremos después. Matilde... Remedios... Señores... (*Enrique saluda y sale por el fondo.*)

DOCTOR RAMÍREZ

(*Bajo a don Homobono.*) Como en los cambios del ministerio. Enrique ha dado posesión al ministro entrante.

DON HOMOBONO

No se burle usted de él. La resignación es una gran virtud. (*Con irónica sencillez.*)

ESCENA XIII

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, EL DOCTOR RAMÍREZ, DON HOMOBONO y DON AMBROSIO

DON AMBROSIO

(*A Matilde.*) Ya le tienes aquí.

MANUEL

Sí, Matilde, aquí estoy; aquí tienes al sabio, como me llamabas irónicamente en tus cartas: a este hombre que ha querido estudiar mucho y quiere valer mucho para hacerse digno de tu belleza, de tu bondad y de tu cariño.

MATILDE

Gracias.

REMEDIOS

¡Manuel! (*Con satisfacción y cariño.*)

DON AMBROSIO

¡Bravo chico, bravo!

DON HOMOBONO

¡Picarón! Cinco añitos por esos mundos de Dios, es decir, del diablo, porque Inglaterra y Alemania son protestantes; y Francia peor todavía, porque es republicana. ¡Lástima que esos pueblos estén por sus costumbres y por sus creencias fuera de nuestra santa religión y lástima que los jóvenes vayan a ellas con achaque de aprender ciencia!

MANUEL

¡Qué remedio, don Homobono! En la España católica, la enseñan pocos, y a esos pocos o no les hacen caso, o les dejan morirse de hombre en un rincón.

DON HOMOBONO

¿Eh? (*Con mal gesto.*)

MANUEL

Además, poco importa que sean católicos o protestantes los pueblos donde la ciencia vive y se dignifica y adelanta.

DON HOMOBONO

¿Cómo?

MANUEL

La ciencia se cuida poco de religiones. Sólo tiene una. La verdad. Como sólo tiene dos enemigos irreconciliables: el fanatismo y la intolerancia.

DON HOMOBONO

¡Eso!...

DOCTOR RAMÍREZ

El muchacho se explica. (*A Ambrosio.*)

DON AMBROSIO

(*Al doctor.*) Demasiado.

REMEDIOS

(*A Manuel.*) Pero, hijo...

MANUEL

Sí, señora, sí. La ciencia, el arte, todas las grandes manifestaciones intelectuales, necesitan aire expansión... Para ellas no puede, no debe haber otras barreras que las naturales, las que el juicio ataca y el trabajo destruye; no las que se crean al amparo de cobardes egoísmo y de tradiciones ridículas. Por eso, en los países de donde vengo yo, la ciencia y el arte producen, conquistan y se engrandecen a beneficio de la humanidad; por eso, en el nuestro agonizan y andan con paso de tortuga. No nuestro atraso no es culpa propia; lo es de esas in

toleráncias; de esos fanatismos, que, prometiéndonos dichas en el cielo, nos embrutecen en la tierra y acabarían por destruirnos, por matarnos, si se les dejase: pero no haya cuidado, no les dejaremos; hay muchos como yo, muchos dispuestos a combatir sin tregua, para que el suelo donde hemos nacido, no se transforme en una momia geográfica. (*Con entusiasmo y sin reparar en el asombro y mal gesto de todos.*)

DON HOMOBONO

(*Levantándose.*) ¡Esto es inaguantable! (*Se dirige hacia el fondo.*)

MATILDE

¿Dónde va usted?

DON HOMOBONO

Al jardín, a respirar el aire un poco: esta atmósfera me ahoga. (*Bajo cuando llega junto a Remedios.*) ¿No le decía yo a usted? De la cáscara amarga. (*Yendo al fondo.*) No serás tú quien te lleves los millones del general. (*Por Manuel. Sale por el fondo.*)

ESCENA XIV

Dichos y DON HOMOBONO

MANUEL

Pero ¿por qué se va?

DOCTOR RAMÍREZ

¡Qué sé yo!

DON AMBROSIO

Sin duda por no discutir tus ideas.

REMEDIOS

Don Homobono es muy religioso.

MATILDE

Tal vez se haya ofendido.

MANUEL

(*Sorprendido.*) ¡Ofenderse! ¿Con qué motivo?

Sea religoso don Homobono cuanto le venga en gusto; nada más respetable que la conciencia de los demás; cada cual puede creer en aquello que le plazca, tener la religión que le parezca.

DOCTOR RAMÍREZ

Conformes.

MANUEL

Lo que no es posible es que, con pretexto de religión, se trate de esclavizar la ciencia, de poner mordazas al entendimiento, de inmovilizar las sociedades. Eso he dicho yo; no otra cosa.

DON AMBROSIO

Sí; pero te expresas con tal vehemencia que..

MANUEL

Con la vehemencia de una convicción firme.

REMEDIOS

No obstante...

MANUEL

Si don Homobono no se hubiera marchado, si me hubiese dejado concluir, estaría conforme conmigo.

MATILDE

¿Contigo?

MANUEL

¡Claro! El, servidor humilde, amante fervoroso de Cristo, ha de estar conforme con quien, como yo, procura por la verdad y por el bien, la justicia.

DON AMBROSIO

Eso lo respetamos todos.

MATILDE

Naturalmente.

REMEDIOS

Indudablemente.

DOCTOR RAMÍREZ

Indiscutiblemente.

MANUEL

¡Pues entonces!... Sí; la verdad, el bien, la jus-

ticia. La verdad; la inteligencia de cada uno esforzándose en descubrir verdades, pequeñas, relativas, si ustedes quieren, pero que una a una, cada una de por sí, vayan formando como escalones múltiples por los cuales se llegue a la verdad absoluta, suprema. El bien, no el bien particular, el común, el que, siendo igual para todas las criaturas, acabará por hacerlas felices; eso quiero yo; y quiero también el triunfo de la justicia, de la justicia justa, entendámonos, de la que está escrita en las conciencias más que en los libros, de la que no puede dispensarse a capricho de jueves venales, ganados, por la influencia o por el oro o por la belleza; la justicia cuyos fundamentos...

DON AMBROSIO

Voy en busca de don Homobono. (*Con mal humor.*)

MANUEL

¡Tío!

DON AMBROSIO

El hombre está solo, aburriéndose en el jardín.

MANUEL

¿He molestado a usted también? (*Con sinceridad.*)

DON AMBROSIO

De ninguna manera. (*Procurando reprimirse.*) (*Con ira.*) ¡Estamos frescos con el mozo! (*Sale por el fondo.*)

ESCENA XV

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, EL DOCTOR RAMÍREZ

MATILDE

(*A Manuel.*) ¡Ea! Déjate de discursos y dime lo que te parece el despacho.

MANUEL

(*Mirando el despacho distraídamente.*) Muy bien. (*Se acerca al armario de aparatos quirúrgicos y lo abre.*) Los instrumentos son de primer orden.

DOCTOR RAMÍREZ

No falta requisito. Ya ves: armario, biblioteca, comodidades...

REMEDIOS

La mesa es de nogal: a la última moda.

MATILDE

La sillería de cuero de Córdoba. Mira. (*Enseñando el despacho a Manuel.*) Calefacción por gas... Lámpara eléctrica de seis brazos.

MANUEL

(*Distraído.*) Bien, bien... ¿Y el laboratorio? (*A todos.*)

MATILDE

El...

MANUEL

El laboratorio. ¿De qué se sorprenden ustedes? Mi cuarto de trabajo, de estudio. El gabinete donde pasaré horas y horas, la vida entera, si es preciso, para arrancarle a la ciencia una palabra más, aunque sea una sílaba.

DOCTOR RAMÍREZ

(*Contrariado.*) El laboratorio...

MANUEL

Naturalmenete. Me es imprescindible. Amo mi profesión; tengo propósito de dedicarle todo mi esfuerzo cerebral. No; no pienso hacer de ella, sola y exclusivamente, oficio lucrativo: eso es lo de menos. No crean ustedes que voy a ser como ciertos médicos que, con cuatro fórmulas y cuatro farsas y un coche propio y un despacho magnífico, procuran su medro personal y embaucan tontos y alucinan imbéciles y conquistan necios. No, mis aspiraciones son más altas, más serias.

DOCTOR RAMÍREZ

(Me parece que ha llegado el momento de ir a reunirme con don Homobono y con don Ambrosio.) (*Alto a Remedios.*) ¿Y ese almuerzo, Remedios?

REMEDIOS

Ya debían haber avisado.

DOCTOR RAMÍREZ

En tal caso voy por los prófugos. (*Se dirige al fondo y sale por él.*)

REMEDIOS

Y yo a meter prisa a los criados. (*Se dirige a la derecha.*)

MANUEL

¿Y mi laboratorio?

REMEDIOS

(*Con mal humor.*) Ese lo pones tú a tu gusto. (*Aparte.*) Ni un elogio por el despacho. (*Mirando el retrato del general.*) ¡Valiente yerno me has regalado, general! (*Sale por la derecha.*)

ESCENA XVI

MATILDE, MANUEL. Al final AURORA

ENRIQUE

(*Dirigiéndose a Matilde.*) Sí, Matilde. Mis proyectos son grandes. Sólo con grandes proyectos y con grandes esperanzas de realizarlos me hubiese atrevido a pretender la posesión tuya.

MATILDE

¡Manuel!

ENRIQUE

Sí; te amo, te amaba antes de separarnos. Con la ausencia ha crecido este amor.

MATILDE

¡Manuel, por Dios, yo no merezco!...

ENRIQUE

(*Estrechando cariñosamente las manos de Matilde.*) ¡Qué no mereces!... Todo. De ahí que me haya esforzado en valer mucho; y valgo mucho; disculpa mi inmodestia, pero contigo quiero ser inmodesto. ¿Permites que lo sea? (*Con dulzura y cariño.*)

MATILDE

¡No lo he de permitir!

ENRIQUE

Pues oye. Tengo ideas grandes, muy grandes. Ya te las diré una por una. La ciencia será mi acicate; tú mi aliado.

MATILDE

¡Yo!...

MANUEL

¡Qué deliciosa nuestra vida futura! Lejos del mundo, apartados de sus estúpidas banalidades y de sus fútiles placeres; el uno para el otro y los dos para una felicidad sola. ¡Venturoso hogar el que nosotros cimentemos en el apartamiento, en el trabajo y en la honradez!

MATILDE

(*Que ha seguido con creciente contrariedad las frases de Manuel.*) Sí... Sí... (*Procurando dominarse; toca el timbre.*)

MANUEL

(*Sorprendido.*) ¿Qué haces?

MATILDE

¿No lo ves?

MANUEL

¿Llamas?

MATILDE

Te olvidas de que aquellos señores nos aguardan para almorzar. Tendrás que arreglarte. (*Manuel hace un gesto de desagrado y se vuelve de espaldas a la puerta de la derecha por donde entra*

Aurora.) (*A Aurora.*) Mira si está todo dispuesto en el cuarto del señorito. Hasta luego, Manuel. (*Aurora pasa hacia la izquierda en forma que queda detrás de Manuel cuando éste se vuelve.*)

MANUEL

Pero...

MATILDE

Adiós...

MANUEL

¡Ella también me deja!... ¡Todos me dejan!... ¿Por qué? ¿Qué habré hecho yo? (*Se vuelve hacia donde está Aurora, que le contempla con amor y tristeza.*)

AURORA

(*Bajo.*) ¡Pobre Manuel!

MANUEL

(*Fijándose en Aurora.*) ¡Cómo!... ¿Será posible?... ¡Qué posible, seguro!... Es Aurora. (*Dirigiéndose a ella.*) Aurora, ¿eres tú?

AURORA

(*Con tristeza.*) Yo soy, señorito Manuel. (*Sale por la izquierda.*)

MANUEL

¡Aurora! (*En actitud de meditación y de recuerdo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la habitación central de la parte baja del hotel indicado en el acto primero.

Al fondo una galería de cristales que comunica con el jardín, algunos de cuyos árboles se verán tras de la vidriera. Una puerta grande de dos hojas que hay en el fondo, comunica con esta galería.

A la derecha dos puertas, que suponen unir con el salón las habitaciones donde residen Remedios, don Ambrosio y Matilde. A la izquierda otras dos puertas; la del primer término comunica con el despacho y dormitorio de Manuel; la del segundo, con el cuarto donde se supondrá que éste ha establecido su laboratorio.

A la derecha, en primer término, un diván bajo, de respaldo ancho y corto. Entre las dos puertas de la izquierda, una chimenea; entre las dos de la derecha un mueble escritorio, sobre el cual habrá recado de escribir.

En las paredes, fotografías, cuadros, etc.

ESCENA PRIMERA

REMEDIOS y AMBROSIO

REMEDIOS

Te aseguro que si no fuese porque estamos entre la espada y la pared, no sería Manuel el que se casase con Matilde. Cada día me es más antipático el hombre.

DON AMBROSIO

Insoportable; de todo punto insoportable.

REMEDIOS

No abre la boca, que no lo haga para mortificar

a alguno de nosotros o alguna de las cosas que merecen nuestro respeto.

DON AMBROSIO

Dilo: porque no es otra su ocupación desde hace una semana. El día de su llegada aquí, durante el almuerzo, me faltó poco para tirarle un plato a la cabeza.

REMEDIOS

¡Y a mí!

DON AMBROSIO

Estos jóvenes de hoy creen que el mundo puede volverse al revés con la misma facilidad que los calcetines.

REMEDIOS

Algunas veces me parece que Manuel está loco.

DON AMBROSIO

¡Loco! No caerá esa ganga. A los locos se les encierra.

REMEDIOS

¡Pobre Matilde!

DON AMBROSIO

No hay duda que se va a divertir.

REMEDIOS

Afortunadamente, Matilde no se deja dominar así como así. En ésta, como en otra porción de cosas, saca mi carácter.

DON AMBROSIO

Creo que te forjas ilusiones. El tal Manolito tiene mucho ingenio. No se dejará imponer fácilmente.

REMEDIOS

¡Bah!... Peor genio gastaban otros, y sus mujeres les han vuelto mansos.

DON AMBROSIO

Verdad. Pero convengamos en que Manuel es imposible.

REMEDIOS

Atroz. Pero sólo tenemos un remedio. Hay que

apencar con él, o quedarse por puertas. Y menos mal que hace unos días, desde el siguiente a su llegada, anda muy ocupado con la instalación del laboratorio, y apenas si lo vemos a más horas que a las de comer y almorzar.

DON AMBROSIO

Con ellas tiene bastante para ponernos de mal humor a todos. ¡Dichosos los que no viven en la casa!... Esos con dejar de venir, están del otro lado. Ya lo hacen.

REMEDIOS

Ambrosio...

DON AMBROSIO

Por de pronto, Enrique no ha vuelto.

REMEDIOS

Enrique tiene sus motivos. La situación suya es muy difícil.

DON AMBROSIO

Convengo en que a Enrique le asisten motivos especiales para alejarse de nosotros. ¿Y a los demás? Ramírez...

REMEDIOS

En el laboratorio está con Manuel.

DON AMBROSIO

Don Homobono...

REMEDIOS

Por don Homobono llevas razón. Desde que Manuel le soltó aquella rociada, muestra una actitud que... Vaya, hablando con toda claridad, me parece que a don Homobono le vendría de perlas, por las inconveniencias de Manuel, se frustrase la boda.

DON AMBROSIO

¿A qué cuento?

REMEDIOS

¡Pareces tonto, hombre! Si la boda se deshace, ¿quién se queda con el dinero?

DON AMBROSIO

¡Mujer!... No seas mal pensada. Don Homobono es sujeto excelente; incapaz de caer en tales propósitos. Además, nos quiere mucho y le conviene estar bien con nosotros. Hoy mismo ha de traerme una nota referente a un pleito de sus administradas, pleito en cuya tramitación intervengo yo.

REMEDIOS

Sin embargo de eso, no hay que fiarse mucho. (*Aparece en el fondo don Homobono.*)

ESCENA II

Dichos y DON HOMOBONO

DON HOMOBONO

(*Desde el fondo.*) ¿Estorbo?

REMEDIOS

¡Estorbar usted, queridísimo amigo!... Al contrario! Echándole estábamos de menos y temerosos de que estuviese usted ofendido.

DON HOMOBONO

(*Con sencillo asombro.*) ¡Yo!

DON AMBROSIO

Las imprudencias de Manuel.

DON HOMOBONO

(*Con ingenua expresión.*) ¡Ofenderme yo, señora mía! Nunca me ofendo. Jamás guardo rencor a nadie. Mis creencias y mis sentimientos, educados en esas creencias, lo impiden.

REMEDIOS

(*A Ambrosio.*) ¡Es un santo!

DON HOMOBONO

No, señora; nunca me ofendo con mis prójimos. Menos había de ofenderme con Manuel.

DON AMBROSIO

Ya se lo decía yo a Remedios.

DON HOMOBONO

No es culpa suya. Tiénela el pícaro tiempo en

que vivimos. Deplorable resulta que las diabólicas ideas del siglo hayan penetrado en la conciencia de ese joven, nacido en el seno de una familia tan irreprochable como la de ustedes. Malo sería que se aprovechase, en servicio del mal, una inteligencia que todos querríamos ver empleada en servicio de Dios.

DON AMBROSIO

Sí. Sería gran pena.

DON HOMOBONO

Pero no hay que apurarse tanto. Aun no se halla Manuel absolutamente perdido.

REMEDIOS

Igual pienso yo.

DON HOMOBONO

Ustedes con sus consejos, Matilde con la persuasiva influencia del cariño, yo propio, que algún valimiento he de tener con él, procuraremos arrancarle de la mala senda devolviéndole al buen camino, al que no debió abandonar nunca. Volverá, es de suponer que volverá, y... ¡arrepentidos quiere el cielo!

REMEDIOS

El Señor le oiga a usted.

DON HOMOBONO

¿Y qué tal, qué tal se conduce Manolito desde que no lo veo?

DON AMBROSIO

Haga usted cuenta que lo mismo.

REMEDIOS

(*Con impaciencia.*) ¡Ambrosio!

DON AMBROSIO

¿Por qué no decirlo, si es cierto? Peor que cuando llegó aquí; tronando contra lo existente; jurando y perjurando que es necesario renovarlo, cambiarlo, rehacerlo todo. ¡El delirio!

REMEDIOS

Cosas de muchachos.

DON HOMOBONO

Sí, sí; pero por lo visto el mal tiene raíces hondas. La mayor parte de los amigos, de los compañeros, de los maestros e ídolos de Manuel, son unos ateos, unos revolucionarios rabiosos. ¡Calculen ustedes dónde irá con semejantes compañías!

DON AMBROSIO

Al infierno... Y no hablemos nada de Matilde.

REMEDIOS

(*Queriendo interrumpirle.*) Matilde...

DON AMBROSIO

Ese inventor de microbios nuevos y de sociedades novísimas, quiere convertirla en su esclava, hacerla vivir lejos del mundo, moliéndole ingredientes, sin duda, mientras él muele a ella a fastidios, a disgustos y a aburrimientos.

REMEDIOS

Pero, hermano mío...

DON AMBROSIO

(*Con impaciencia y con enojo.*) No; Matilde no puede amar a un tipo de esas condiciones. Será una víctima de él.

DON HOMOBONO

Ahí tiene used una cosa más grave que todo lo anterior.

REMEDIOS

¿Eh?

DON HOMOBONO

Aparte de que un sujeto, minado por tan perniciosas ideas, puede inculcarlas en la conciencia de Matilde, haciendo a ésta perder, por terrenas felicidades, la felicidad celestial. Si ella no le ama, y, por no amarle, se hace infeliz, la boda significaría un peligro para ella y acaso un crimen para quienes le aconsejan y la permitan.

REMEDIOS

¡Cómo! (*Con creciente disgusto.*)

DON HOMOBONO

La paridad de sentimientos precisa para la ventura doméstica; sin cariño verdadero, profundo, no hay dicha posible en los matrimonios, y un mal matrimonio sólo puede acarrear desventuras. Si Matilde no quiere a Manuel, si no ha de ser dichosa...

REMEDIOS

¿Qué?

DON HOMOBONO

No debe casarse.

REMEDIOS

¡Eso! ¡Y que las monjas carguen con todo! (*En un inevitable arranque de despecho.*)

DON HOMOBONO

(*Levantándose.*) ¡Remedios!

DON AMBROSIO

(¡Caracoles! Me parece que mi hermana tiene razón!)

REMEDIOS

(*Dominándose.*) Sí, señor, que se lo llevaran todo, antes que fuese infeliz mi Matilde. Mejor estaría ese dinero en manos de aquellas queridísimas madres que en las de un hombre y una mujer unidos ante Dios, sin sentir un afecto de verdad. Ahí tiene usted lo que yo pienso. No me guían en este asunto intereses bastardos.

DON HOMOBONO

(¡Te veo!)

REMEDIOS

Sólo que, y esta es mi desesperación, Matilde está enamorada de Manuel, ¡muy enamorada! ¿Como me opongo yo a lo que ella considera su dicha?

DON HOMOBONO

Eso de ningún modo. (*Breve pausa. A Ambrosio.*) Y dígame usted, don Ambrosio, ¿cómo anda el pleito de las madres? ¿Tenemos esperanzas?

DON AMBROSIO

Seguridades, no esperanzas, amigo mío; muchos pasos ha habido que dar, pero al fin...

DON HOMOBONO

La razón y la justicia están de su parte. Por eso pleiteamos. Sentimos gran respeto hacia la justicia y sus intérpretes, para demandarle fallos opuestos a su noble misión.

DON AMBROSIO

Ya lo sé. Pues están ustedes de enhorabuena. Digo ustedes, porque como usted lleva un tanto por ciento en los negocios de aquella casa...

DON HOMOBONO

Eso es lo de menos; no trabajo por lucro; trabajo por servir a Dios en las personas de sus hijas más predilectas.

REMEDIOS

¡Quién lo duda!

DON AMBROSIO

¿Y qué, me trae usted la nota? Conviene llevarla esta tarde.

DON HOMOBONO

No la he hecho.

DON AMBROSIO

Hágala usted aquí. En aquel escritorio. (*El situado entre las dos puertas.*) Hay papel y tintero.

REMEDIOS

(*A Ambrosio.*) Nosotros iremos a dar una vuelta por el jardín, con objeto de no distraerle a usted. (*Aparte a Ambrosio.*) Necesito hablarte.

DON HOMOBONO

Si no me distraen.

REMEDIOS

Nada, nada. Ahí le dejamos a usted solito. Le esperamos en el jardín. (*Sale por el foro con don Ambrosio.*)

DON HOMOBONO

(*Dirigiéndose hacia el escritorio.*) Anda, que no serás tú (*Por Remedios.*) quien pueda conmigo. (*Cuando don Homobono llega al escritorio, entra Aurora por la primera puerta derecha.*)

ESCENA III

DON HOMOBONO y AURORA

DON HOMOBONO

(*Reparando en Aurora.*) Felices, Aurora.

AURORA

(*Con tristeza.*) Felices serán para usted, don Homobono.

DON HOMOBONO

(*Como fijándose en la tristeza de Aurora.*) ¿Qué te pasa, mujer? Estás pálida; tienes encendidos los ojos, así como si hubieses llorado mucho.

AURORA

(*Con angustia.*) Mucho he llorado, sí, señor.

DON HOMOBONO

(*Como sorprendido.*) ¿Por qué?

AURORA

¿Por qué? ¿Y usted me lo pregunta? ¡Usted que me ha hecho entrar en esta casa! ¿Por qué me trajo a ella?

DON HOMOBONO

No te entiendo.

AURORA

¡Que no me entiende!... He sufrido tanto en esta vida, he derramado tantas lágrimas por culpas que otros me obligaron a cometer, que me creía que *tóo* lo malo había *acabao*, que no iba a sufrir dolores nuevos, que los antiguos eran bastantes *pa* colmar la medida. (*Con desesperación.*)

DON HOMOBONO

Pero...

AURORA

¡Eso creía yo! ¡Seré imbécil! ¡Cómo si el que nace *pa* padecer tuviera descanso! ¡Como si cuando las penas le agarran a una por el cuello dejasen de apretar! ¡Como si el dolor cuando dice "allá voy", se cansase de dar puñaladas! Obró usted malamente con traerme aquí. ¡Muy malamente! (*Con angustia y dolor.*)

DON HOMOBONO

¿Yo? (*Como si no comprendiese.*) No te comprendo, mujer, explícate.

AURORA

¿No está Manuel en esta casa? ¿Qué más explicaciones quiere usted?

DON HOMOBONO

(*Como si aun no entendiese.*) Manuel...

AURORA

(*Con desesperación y energía.*) Sí, Manuel; mi Manuel; el que fué mi Manuel, y mi alegría y mi cariño y mi *tóo.* ¡Ese! (*Con pasión.*)

DON HOMOBONO

Aurora...

AURORA

(*Interrumpiéndose.*) ¡Ese! Pero ¿a qué decirle, a qué decirle a usted nada y contarle nada, si usted lo sabe tan bien como yo?

DON HOMOBONO

Creo que ignoraba...

AURORA

¡Qué iba a ignorar, si usted y las señoras que me protegen, primero de hacer cosa por mí, quisieron enterarse de *tóo,* y me rebañaron el corazón y la memoria *pa* sacarme el *pasao* entero!... Mucho les debo a ustedes, muchos bienes me han hecho, pero, trayéndome a esta casa, me han producido un mal mayor que *tóos* esos bienes juntos.

DON HOMOBONO

De modo que Manuel, el sobrino de doña Remedios, el novio de Matilde es... ¡Calla!... Tienes razón. (*Con hipócrita sencillez.*) Perdona, hija, perdona. Me había olvidado de ese incidente. Ahora caigo en que le nombraste y... No extrañes mi olvido; doy tan poca importancia a las miserias de los hombres... Lo siento, de veras que lo siento... Y qué, ¿le viste?... ¿Has hablado con él?

AURORA

Sí.

DON HOMOBONO

Y él...

AURORA

El es tan bueno, no, más bueno que nunca.

DON HOMOBONO

Mostraría disgusto al verte.

AURORA

(*Sorprendida.*) ¡Disgusto! (*Con sencilla y noble expresión.*) Al contrario, alegría. Con su bondad de siempre me tendió la mano, ofreciéndome, lo que puede ofrecerme, lo que yo no me hubiera atrevido a pedirle, su protección y su amistad.

DON HOMOBONO

¿Y tú?... Supongo que no habrá cruzado por tu imaginación el propósito de renovar antiguas, quimeras.

AURORA

(*Con dignidad.*) ¿Por quién me toma usted? ¿Qué ha *pensao* usted del querer mío? No; ¡yo sé que Manuel no *pué* ser *pa* mí! Si lo supe, si renuncié a mi *felicidá* cuando estaba a su *lao*, cuando aun tenía el calor de sus caricias en mi sangre, ¿cómo no iba a hacerlo ahora cuando ya le juzgaba perdido *pa* siempre?

DON HOMOBONO

Entonces, habiéndote conducido así, debes estar tranquila.

AURORA

(*Con amargura.*) ¡Tranquila!

DON HOMOBONO

Como debes continuar sacrificándote y borrar de tu alma la imagen de Manuel.

AURORA

(*Con energía.*) Sacrificarme, sí. ¿Borrar su imagen, arrojar de mis entrañas su querer? Eso, no señor; ¡nunca!

DON HOMOBONO

¿Nunca?

AURORA

Nunca; ya está dicho. Ni lo haré, ni hay quien me lo pueda exigir.

DON HOMOBONO

Dios lo exige.

AURORA

¿Dios? (*Con energía.*) No es verdad. ¡Que va a pedir Dios eso! Dios ha *formao* mi dueño, no sé si después o a la misma parte que Dios. Pues si Dios ha hecho eso, si ha permitido eso, podrá exigir que me sacrifique; ya lo hago. ¡Pedirme que le olvide, que le eche de mi alma! ¿Cómo lo va a pedir?

DON HOMOBONO

No olvidándole, sufrirás más.

AURORA

¿Y qué me importa?

DON HOMOBONO

Pero...

AURORA

Usted cree que mi padecer de ahora, es por mí? No. Entonces me conformaría como antes.

DON HOMOBONO

¿Y hoy (*Mostrando en su rostro la satisfacción que le produce la actitud en que va a colocarse Aurora.*)

AURORA

Antes sufría por mí sola. Hoy sufro por lo que van a hacerle sufrir.

DON HOMOBONO

¿A Manuel?

AURORA

(*Con apasionada desesperación.*) ¡Quieren engañarle, deshonrarle!

DON HOMOBONO

(*Como sorprendido.*) ¿Qué dices?

AURORA

La *verdá*. Esa Matilde, *esa señorita*, ¡esa infame!... Sí, señor, no me mire usted, ¡esa infame! no quiere a Manuel, quiere a otro; a otro de quien ha sido ya, de quien sigue siendo, de quien seguirá siendo después de casada. De Manuel no apetece más que la herencia; y con tal de lograrla, no le importa perder a un hombre en este mundo y perder la gloria en el otro.

DON HOMOBONO

Pero ¿qué hablas, muchacha? Eso no es posible.

AURORA

¡Que no es posible! Lo he oído yo. Se lo he oído a ella y a Enrique.

DON HOMOBONO

¡Matilde! ¡Enrique!... Sí... Algo me habían dicho, pero no le he prestado crédito.

AURORA

Créalo usted. ¡Se lo juro por estas cruces!

DON HOMOBONO

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué horror!

AURORA

Y el hombre por quien daría yo la gloria, va a ser *desdichao* sabiéndolo yo... ¡Y yo lo voy a consentir!... Consintiéndolo sería tan mala como los otros. No, Manuel; no lograrán lo que se proponen, no lo lograrán. ¡Te digo que no lo lograrán!

DON HOMOBONO

¿Qué intentas?

AURORA

¡Evitar esa infamia! Hablar con Matilde, con Manuel si es preciso. ¿Debo hacer otra cosa? ¿No es eso lo justo? ¿No es lo *honrao?*

DON HOMOBONO

Tú...

AURORA

Yo, sí. Aconsíjeme usted. Usted se trata con personas más sabias y más santas que yo. Usted vive más cerca de Dios que esta pobre mujer. ¿Verdad que debo oponerme a que Manuel sea *desgraciao?* Vamos; usted que es religioso, usted que sabe tanto de cosas de conciencia, contésteme. ¿Cuál es mi obligación?

DON HOMOBONO

Yo...

AURORA

Usted, sí. Pero ¡qué digo! ¡contestarme! ¡ayudarme!

DON HOMOBONO

¡Ayudarte!... Tanto como ayudarte... Claro que siendo como lo pintas tú... Pero la culpa, si existiera, tú eres quien la sabe, tú quien lo has visto; yo no sé nada, no he visto nada, no puedo mezclarme, por consiguiente, en nada. Eso es cosa tuya. Este género de cuestiones no admiten consejo; se resuelve por iniciativa particular. Haz lo que juzgues más conveniente; y para ti el pecado, si es que hay pecado, y la gloria si hay gloria.

AURORA

Corriente. *Pa* mí sola. ¡Si no me acobardo!... ¿Cómo he de acobardarme?... ¡Se trata de él!...

DON HOMOBONO

Sobre todo nada de escándalo. Ni para evitar un mal debe recurrirse al escándalo.

AURORA

¡Ni *pa* evitar un mal! ¿Qué mayor escándalo que el mal mismo?

DON HOMOBONO

Silencio. Ahí viene Matilde. (*Se dirige al escritorio. Entra Matilde por la primera puerta derecha.*)

ESCENA IV

Dichos y MATILDE

MATILDE

¡Don Homobono! (*Manifestando gran cariño.*)

DON HOMOBONO

(*Lo mismo.*) ¡Hola, Matildita! (*Cogiendo afectuosamente entre las suyas la mano de Matilde.*)

AURORA

(¿Y este hombre puede tratarla con cariño?)

MATILDE

(*A Homobono.*) ¿Cómo tan solo?

DON HOMOBONO

Terminando una nota que debo entregar a tu tío. (*Escribe.*) Ea... ya está. Hasta después. Volveré a despedirme.

MANUEL

¡Siempre tan amable!

DON HOMOBONO

(*Por Aurora.*) (Decididamente fué una gran idea traerla aquí.) (*Vase fondo.*)

AURORA

(Ahora nosotras dos.) (*Matilde se dirige hacia la izquierda. Aurora se interpone.*)

ESCENA V

AURORA y MATILDE

AURORA

¿Dónde va usted, señorita Matilde? (*Con sarcasmo.*)

MATILDE

(*Sorprendida.*) ¿Yo? (*Con altanería.*) ¿Qué te importa y quién te autoriza a preguntarme?

AURORA

Cuando lo pregunto me importará. (*Con firmeza.*)

MATILDE

(*Sorprendida por el tono de Aurora.*) ¡Eh!

AURORA

¿Quién me autoriza a preguntarle? Un poco de paciencia. Ya lo sabrá.

MATILDE

(*Con enojo.*) ¿Qué tono es ese? (*Con desprecio.*) Esta muchacha se ha vuelto loca. (*Andando hacia la izquierda. Con imperio.*) ¡Déjame pasar!

AURORA

(*Con enérgica calma.*) Aguárdese usted, señorita. Le interesa a usted nuestra conversación tanto no, más que a mí.

MATILDE

Pero...

AURORA

Tenga usted un poco de calma; nos conviene. Aunque sea usted... todo lo que es, y yo lo que soy, es necesario que la que vale más de nosotras se resigne a tener una conversación con la que vale menos.

MATILDE

(*Cada vez más sorprendida.*) ¿Qué dices?

AURORA

¿Iba usted a las habitaciones de Manuel?

MATILDE

¿De Manuel? (*Con irritación y sorpresa.*) ¡Así Manuel a secas!...

AURORA

(*Sin hacerle caso.*) Iba usted a las habitaciones de su prometido, del hombre que está enamorado de usted.

MATILDE

¡Aurora! (*Con enojo.*)

AURORA

Sí, a verle iba: a meterle por los ojos *toa* su hermosura, porque usted es guapa, eso sí; a decirle cosas de querer; a seguir engatusándolo *pa la* boda. Pues pare el paso, no entre; no pierda el tiempo; no piense en la boda con Manuel, porque la boda no se hará.

MATILDE

¿No? (*Con sorpresa irónica.*)

AURORA

No.

MATILDE

¿Y por qué motivo? Me has puesto en curiosidad de saberlo. (*Con sarcasmo.*)

AURORA

(*Con ironía.*) ¡Por qué motivo! (*Con energía y decisión.*) Porque no quiero yo; porque usted va a renunciar a ella; porque yo, consintiéndola, sería criminal, y usted no renunciándola sería infame.

MATILDE

(*Con sorpresa.*) ¡Infame! ¿Pero has dicho infame? (*Con indignación.*)

AURORA

Sí, infame; más infame de lo que es usted ya.

MATILDE

(*Con rabia.*) ¡Cómo! ¡A mí! ¡Insultarme a mí! Tú! ¡A tu ama! (*Se dirige hacia el tiembre que habrá sobre el escritorio de la izquierda.*)

AURORA

(*Interponiéndose.*) ¿Dónde va usted?

MATILDE

A llamar; a que te cojan por un brazo y te echen a la calle, ¡insolente! (*Amenazándola.*)

AURORA

(*Con sarcasmo.*) ¿Llamar? No se atreverá usted.

MATILDE

¿Que no? (*Deteniéndose.*)

AURORA

Ande usted, llame; que vengan todos, todos. Manuel el primero. Yo repetiré delante de todos que es usted una infame, y que engaña miserablemente a quien va a tomar por marido porque es usted la amante de Enrique.

(*Procúrese que Matilde, que se ha detenido un momento, vaulva a hacer intención de llamar poco antes de decir Aurora "es usted la amante de Enrique". Al oir esta frase Matilde, quedará con la mano suspendida en el aire.*)

MATILDE

(*Con espanto.*) ¡Oh!

AURORA

(*Con sarcasmo.*) Ande usted, llame. No me opongo. Atrévase. (*Gozando con el espanto de Matilde.*) Ya ve usted cómo no se atreve.

MATILDE

(*Con frase entrecortada.*) Tú... que tú dirás...

AURORA

La verdad. Que es amante de Enrique.

MATILDE

(*Con angustia.*) ¡Falso!... ¡Eso es una calumnia!

AURORA

¡Calumnia! Lo he visto, lo he oído yo.

MATILDE

(*Con asombro.*) ¡Tú!

AURORA

(*Señalando la primera puerta de la izquierda.*) Allí, en aquel cuarto, allí os convinísteis *pa perderle.*

MATILDE

¡Tú viste!... (*Con terror.*)

AURORA

¡Todo! No dije antes que ¡¡todo!! Pero ¿ustedes no contaban con Dios?

MATILDE

Oye.

AURORA

(*Interrumpiéndole.*) Dios protege siempre al *honrao* contra el malo. *Pa* eso hizo los ángeles. Sólo que algunas veces los ángeles están muy distantes, no tienen lugar de acudir; y Dios se vale de cualquiera; de una *desdichá*, de una *perdía*, de una pobre mujer del pueblo. Eso ha hecho ahora.

MATILDE

¿Y tú?... (*Con ansiedad.*)

AURORA

Yo impediré la traición de ustedes. *Pa* eso estoy aquí.

MATILDE

(*Desesperada.*) ¡No! ¡Tú no harás eso!! ¡callarás! (*Como queriendo persuadir a Aurora.*) ¡Soy rica, seré más rica todavía cuando me case con Manuel!...

AURORA

¿Quiere usted comprarme? (*Con ironía.*) Yo no soy de las que se venden. (*Con altivez.*) No. Ni vendo el querer como usted, ni la conciencia como su amante.

MATILDE

¡Qué desesperación! (*Con angustia, con ira a Aurora.*) Pero ¿a ti qué te importa? ¿Qué interés tienes por ese hombre?

AURORA

El mayor de todos. Quererle y quererle con toda mi alma.

MATILDE

(*Sorprendida.*) ¡Tú!... ¿Tú amas a Manuel?

AURORA

(*Con arrogancia.*) Yo, sí, yo.

MATILDE

¿Hablas de veras? ¿Una mujer de tu condición se ha atrevido a poner los ojos en él?...

AURORA

¿Qué te extraña? ¿No los has puesto tú?

MATILDE

(*Con ira.*) ¿Me tuteas?

AURORA

¿No me tuteas a mí tú?

MATILDE

(*Con rabia.*) ¡Esto es demasiado!

AURORA

(*Con sarcasmo.*) *¡Demasiao!...* Muy poco *pa* lo que vas a oir.

MATILDE

¡Aurora!

AURORA

Sí, le quiero; le quise; puse en él estos ojos; sólo que yo le quiero sin esperar que él pueda quererme; y tú finges quererle, con la esperanza de ser rica; yo puse los ojos en él *pa* adorarle, tú *pa* des-

honrarle; yo *pa* hacerle con mi cariño un paraíso tú *pa* hacerle con tus maldades un infierno. ¡Calcula si hay diferencia entre nosotras dos!

MATILDE

¡Basta!

AURORA

No. Es preciso que renuncies a esa boda.

MATILDE

¿Por qué lo pides tú?

AURORA

Porque Manuel no puede ser tuyo. ¡Si no *pué* ser mío porque he *perdío* la honra del cuerpo, ¿cómo va a ser *pa* ti, que perdiste la honra del cuerpo y del alma?

MATILDE

¿Renunciar a Manuel? ¡Nunca! ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

AURORA

Mira que si te empeñas, si no me haces caso, Manuel lo sabrá todo. (*Con tono de amenaza.*)

MATILDE

¿Y piensas que Manuel va a escucharte? ¿Qu sin más ni más, dará crédito a los cuentos de su antigua querida?

AURORA

(*Sorprendida.*) ¿Eh?

MATILDE

No; Manuel se negará a creerte. Pedirá pruebas

AURORA

¿Pruebas?...

AURORA

Tú no podrás dárselas, porque no las tienes. Y Manuel no fiará en ti, fiará en mí, porque me am y a ti te desprecia. ¿Comprendes? (*Con rencor audacia.*)

AURORA

(*Confundida.*) ¡Oh!

MATILDE

¿Comprendes?... Pues si comprendes, ten cuidado, desiste de una lucha en la que llevas la peor parte.

AURORA

¡Desistir!... ¡Aceptar en silencio la desventura de Manuel!... (*Con pasión y energía.*) ¡Nunca! Veremos quien vence de las dos.

MATILDE

¡Lo veremos, Aurora!

AURORA

¡Lo veremos, Matilde! (*Aurora y Matilde se contemplan un instante en actitud de reto; luego sale Aurora por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA VI

MATILDE, al final don HOMOBONO, DON AMBROSIO y REMEDIOS

MATILDE

¡Lo veremos! (*Con tono de duda.*) ¡Ay! La actitud de esa mujer me da miedo. Puede causarnos mucho daño. (*Con inquietud angustiosa.*) Hay que resolver algo, inventar algo... (*Con desesperación.*) ¿Quién puede ayudarme?... (*Con alegría.*) ¡Enrique; sí,... Enrique!... Es preciso avisarle. (*Se sienta frente al escritorio y escribe precipitadamente. Después mete la carta en un sobre que deja en blanco.*) ¡Ya está! (*Se dirige hacia la primera puerta derecha.*) Ahora... (*En este momento aparecen don Homobono, don Ambrosio y Remedios en el fondo. Doñ Homobono un poco antes para ver la acción de Matilde cuando oculta la carta.*)

DON AMBROSIO

(*Dentro.*) ¡Excelente día de primavera!

MATILDE

(*Al oirles y ver a don Homobono.*) (¡Qué contrariedad!) (*Oculta precipitadamente la carta en el bolsillo del vestido.*)

DON HOMOBONO

(*Reparando en la acción de Matilde.*) (Cartita tenemos. Aurora ha roto las hostilidades.) (*Restregándose las manos con satisfacción.*)

ESCENA VII

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, DON AMBRIOSO, al final MANUEL y el DOCTOR RAMÍREZ

MATILDE

(*Dirigiéndose al grupo formado por los tres personajes, que quedará en el fondo. Con aparente jovialidad.*) Pronto se dió vuelta.

DON HOMOBONO

(*Con amabilidad extrema.*) ¡Qué remedio, hija mía! Los aires de Abril son fríos para los viejos. (*A Remedios.*) Hablo de mí y de don Ambrosio.

DON AMBROSIO

Además, tenemos que salir.

REMEDIOS

Y nosotras arreglarnos para el paseo. Ya mandé enganchar. (*Entran por la primera puerta de la izquierda el doctor Ramírez y Manuel sin reparar en el grupo formado por Matilde, doña Remedios y don Ambrosio, que queda en el fondo. Manuel vestirá una blusa blanca de dril, las mangas de la blusa estarán dobladas por encima de las muñecas. Manuel tendrá también las manos llenas de carbón y mostrará en toda su persona el desaliño propio de un hombre entregado al trabajo.*)

MANUEL

(*A Ramírez.*) ¿Qué le parece mi laboratorio?

DOCTOR RAMÍREZ

¡Admirable!

MATILDE

(*A Remedios.*) Es Manuel.

REMEDIOS

¡Qué facha!

DON AMBROSIO

No le falta más que una tea para resultar por fuera lo que por dentro; un descamisado. (*Manuel se vuelve y ve a Matilde, Remedios, don Ambrosio y don Homobono.*)

MANUEL

¡Pues si está aquí toda la familia! (*Acercándose hacia ellos, al mismo tiempo que los otros se dirigen donde está Manuel.*)

ESCENA VIII

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, DON AMBROSIO y el DOCTOR RAMÍREZ

MATILDE

Ya era hora de que nos viésemos desde el almuerzo.

MANUEL

¡El pícaro trabajo! Mira si te querré que llamo pícaro, porque me separa de ti, a mi amigo mejor. (*Reparando en el traje de Matilde, mirándola con amor.*) ¡Qué elegantona! Hechicera estás. Un poco pálida, pero hechicera. ¡Ven aquí! (*Cogiendo cariñosamente a Matilde por las mangas del vestido.*)

MATILDE

(*Con impaciencia.*) ¡Quita! (*Rechazándole.*) ¿No ves que tienes sucias las manos y vas a mancharme el vestido?

MANUEL

¿Qué importa si manchándotelo me proporcio no, creo que te lo proporciono, un momento d felicidad? Vestidos hay muchos; los momentos d felicidad, por muchos que sean, parecen pocos Un vestido sucio se renueva, un momento de fe licidad que se pierde, perdido queda para siem pre. (*Con melancólica ternura.*)

MATILDE

(*Procurando dominar su inquietud.*) Manuel..

REMEDIOS

(*Riendo.*) Qué poético estás.

MANUEL

(*Jovialmente.*) Pues ¿qué se figura usted? ¿qu por dedicarme a la ciencia no dejo espacio libr en mi pensamiento a la poesía?... ¡Error!.. La poesía y la ciencia son hermanas, mi querid suegra en proyecto. Un hombre de ciencia es u poeta que busca la verdad; un poeta, un hombr de ciencia que la presiente; en el fondo iguales dos gemelos que vuelan alto, porque la naturale za ha tenido el buen gusto de ponerles alas en l frente.

DON HOMOBONO

Contento y satisfecha estás.

MANUEL

¡Contentísimo!... Ramírez, dígales usted si ten go motivos para estarlo.

DOCTOR RAMÍREZ

Como chico en feria anda por su laboratorio ¿No han entrado ustedes en él?

MATILDE

Yo sí.

DON AMBROSIO

Nosotros todavía no.

MANUEL

¡Un antro, don Homobono; un antro de aquello

que nos describen los cronistas de la Edad Media! Hornillos, retortas, alambiques, bicharracos metidos en alcohol... Faltan los signos cabalísticos y sobra la instalación de luz eléctrica para que parezca el asilo de un brujo.

DOCTOR RAMÍREZ

Como a ti te faltan cuatro adarmes de neurosis para estar loco rematado y un gorro putiagudo para resultar un alquimista.

DON AMBROSIO

Cualquir cosa parecerá éste.

DON HOMOBONO

Un alquimista. Es decir uno de aquellos heréticos buscadores de la piedra filosofal a quienes la iglesia tostaba a fuego lento sin curarse de conjuros y adivinaciones.

MANUEL

(*En son de broma.*) ¡Vaya que si viviéramos en aquellos tiempos no me escapaba yo tampoco! ¿Verdad, mi querido don Homobono?

DON HOMOBONO

Tú...

MANUEL

Y que no saldría de esta habitación sin ser condenado. ¡Digo! A la derecha mi tío Ambrosio el brazo civil; a la izquierda don Homobono, el brazo eclesiástico. ¡Estupendos chicharrones harían ustedes con mi cuerpo; afortunadamente aquello acabó.

DON HOMOBONO

¡Desgraciadamente!

MATILDE

¡No empecemos!

MANUEL

Descuida. Hoy no tengo ganas de discusiones. Repito que estoy muy contento. Tú queriéndome mucho y mi laboratorio marchando; porque mar-

cha va. Hasta trabajé en él un poco. Gusto de ve funcionar los aparatos exclusivamente. Así esto de tizne.

DON AMBROSIO

¿Conque se ha trabajado?

MANUEL

(*A Ramírez.*) ¡Y cómo resistía el condenad animalejo! (*A Matilde.*) Un microbio, una fier cilla microscópica que, juntamente con millones millones de compañeros suyos, cultiva la nobilís ma tarea de asesinar al género humano.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Sí que se resistía el tunante!

DON HOMOBONO

(*Con ironía.*) Los malos gérmenes resisten much

MANUEL

(*En el mismo tono.*) Mucho, don Homobono, ti ne usted razón. Los malos gérmenes son muy d fíciles de combatir, lo mismo en el cuerpo huma no, que en el social.

DON HOMOBONO

No hay forma de acabar con ellos.

MANUEL

Sí la hay. Cuesta, costará un trabajo enorm conseguirlo, pero al fin podremos con ellos.

DON AMBROSIO

(*Burlándose.*) ¿Ustedes?

MANUEL

Nosotros, sí, señor; mis compañeros y yo des nuestro sitio; los demás hombres de energía y fe, desde el suyo.

DON HOMOBONO

Ilusiones de la juventud.

MANUEL

Realidades de la experiencia. Aquel microbi aquel homicida imperceptible, era muy rebelde p ra morir. Salamandra diminuta, muy diminut

vivía en medio de una atmósfera abrasada como en el mejor de los mundos posibles; echaba yo combustible al hornillo, aumentaba poderosamente los grados de calor, y mi adversario, terco que terco, sin darse por vencido, burlándose de mí con los retorcimientos de cuerpecillo negruzco, desafiándome con sus sacudidas nerviosas, insultándome con su terrible vitalidad; sólo que yo era más terco que él todavía; y aumentaba el calor un grado, y otro, y otro... y por fin, el microbio se contrajo desesperadamente, estiróse después y quedó tiesecillo, inmóvil: había muerto; yo pude más que él. ¿Sabe usted por qué, don Homobono? Porque, en aquel instante, yo representaba la salud, es decir, el bien, y él representaba la peste, es decir, el mal. En estas luchas el triunfo definitivo corresponde al bien. (*Durante estas frases de Manuel todos se miran haciendo unos gestos de disgusto, y otros de no entender. Matilde manifestará una gran impaciencia y el doctor Ramírez sonreírá escépticamente, contemplando a unos y a otros.*)

DOCTOR RAMÍREZ

¡Bravo, chico! Con esas facultades oratorias bien aprovechadas, te veo ministro antes de cuatro meses.

MANUEL

¡También usted se burla! Bueno que lo hagan otros; (*A Matilde.*) otros, sabes, no hablo de ti. ¡Pero usted, un hombre de ciencia!...

DOCTOR RAMÍREZ

La práctica de la vida me ha enseñado otra ciencia más ventajosa.

MANUEL

¿Cual?

DOCTOR RAMÍREZ

Saber vivir: la más importante de todas. ¿No es cierto, amigos míos?

DON HOMOBONO

Al menos es muy necesaria. De todas suertes (*A Manuel.*) te felicito. Vales mucho, eres un enemigo terrible para tus adversarios.

MANUEL

Y tengo confianza en el éxito. Juro a usted que si por algo aprecio y deseo la fortuna que nos ha dejado el general, es porque con ella, puesta al servicio de mis aspiraciones, facilitaré obstáculos.

DON HOMOBONO

(Por eso no te la daremos.)

DON AMBROSIO

(*Mirando el reloj. A don Homobono.*) ¿Qué? ¿Vamos a ultimar el asunto?

DON HOMOBONO

A sus órdenes.

DOCTOR RAMÍREZ

Yo salgo con ustedes. A más ver, Manolito. (*Despidiéndose don Homobono, don Ambrosio y Ramírez, salen por el fondo.*)

REMEDIOS

Y nosotras a colocarnos los sombreros y a dar un paseíto por ahí, antes que se haga tarde. (*Remedios se dirige a la primera puerta de la derecha y sale por ella. Matilde va a seguirla.*)

MATILDE

(*Con impaciencia.*) ¡Creí que no acababan! (*Matilde llega a la primera puerta derecha y Manuel la detiene cariñosamente por el brazo.*)

MANUEL

(*Deteniendo a Matilde.*) No, Matilde; ¡tú no te vayas! Espera un poco. (*Con tono amante.*)

MATILDE

(¡Qué martirio!)

(*Durante toda la escena que sigue, Matilde demostrará la impaciencia y nerviosidad propias a la situación de temor y de intranquilidad en que se halla.*)

ESCENA IX

MATILDE y MANUEL

MANUEL

(*Conduciendo a Matilde a una de las butacas, haciéndola sentar y sentándose él a su lado.*) Así quiero tenerte; a mi lado. Sola conmigo. Lejos de esos que se burlan de mí. (*Coge entre sus manos una de las de Matilde. Esta la retira.*) ¿Por qué huyes?... Ven. (*La coge de la mano.*) ¿Te disgusta que estemos juntos? ¿Que hablemos con plena libertad?

MATILDE

¡Qué idea! Soy muy dichosa cuando me hallo cerca de ti. Sólo... que mamá aguarda. Como la tengo que acompañar...

MANUEL

(*Con mal humor.*) El paseo!

MATILDE

Sabes que mamá no lo pierde. Además, si no estamos reunidos, tú tienes la culpa.

MANUEL

(*Sorprendido.*) ¿Yo, Matilde?

MATILDE

Claro. ¡Si te hubieras arreglado y hubieras venido con nosotras!...

MANUEL

(*Contrariado.*) Tienes razón.

MATILDE

Por si esto no bastase para disgustarme, esta noche vas a esa conferencia. (*Levantándose.*)

MANUEL

No me dejes aún; espérate. (*Haciéndola sentar de nuevo.*) Mi ausencia de esta noche es inevitable. Por lo que respecta al paseo, estás en lo firme. ¡Dispensa!... Tenía un deseo tan grande de ver terminado el laboratorio...

MATILDE

Que me has dejado.

MANUEL

¡Dejarte! Jamás has estado más dentro de mi alma que allí. Es mi cuarto de estudio, el sitio donde trabajaré al lado tuyo, ¡vida mía! el arranque de nuestra existencia futura. Será una simpleza, pero al ver terminada la instalación del laboratorio, no he tenido más que un deseo: entrar contigo en él. ¿Sabes para qué? Para ofrecértelo, para que lo visitáramos el uno del brazo del otro; para que nos prometiésemos amor sin límites y completa felicidad entre aquellas cuatro paredes, que son el altar de mi entendimiento, como tú eres el altar de mi corazón. Figúrate que con tal propósito había pensado que suprimieras esta tarde el paseo.

MATILDE

¡Qué niño eres, Manuel! ¿Piensas que mamá lo consentiría? Aun no estamos casados para que nos dejen en casa solos. Además; cualquier hora, cualquier instante, son buenos para prometerse cariño. (*Tratando de levantarse.*)

MANUEL

(*Deteniéndola.*) No es eso. ¡No es eso! Yo hubiera deseado que estuviéramos allí juntos, solos, para explicarte delante de aquellos aparatos, de aquellos libros, de mis armas de combatiente, mis proyectos, mis ambiciones, mis afanes, mis recelos y mis esperanzas. Hubiese querido enseñarte algo que tú no conoces bien; el hombre que hay dentro de mí, el luchador intelectual, el que aspira a lograr triunfos y más triunfos, para arrojarlos a tus pies y decirte: "Otros hombres te ofrecerían galas, adornos, esplendores mundanos, miserias cubiertas de oropel, satisfacciones y dichas de talco; yo no; yo aquí, en este humildísimo recinto que fortalecerá el trabajo y que embellecerá el amor, te ofrezco algo

más grande, más perenne, más duradero; un afecto sin trabas, una inteligencia sin cobardías y una ambición noble, que no quiere detenerse hasta ganar un nombre de que puedas mostrarte orgullosa. Llega dentro de mí, compenétrate con las ideas como te has compenetrado con los sentimientos, y marchemos unidos a la conquista de la ventura y de la fama." Eso te hubiese dicho yo. (*Reparando en Matilde que durante todo el parlamento de Manuel se ha mostrado impaciente y distraída.*) Pero, ¿qué te pasa? (*Con sorpresa. Con amargura.*) ¿No me oyes?

MATILDE

(*Procurando contenerse.*) Sí, Manuel... Te oigo... Te he oído con verdadero gusto.

MANUEL

(*Sorprendido y triste.*) ¿Así me contestas? ¿Es que no me entiendes, Matilde? (*Con amargo recelo.*)

MATILDE

Manuel... perdóname. No me hagas caso. No sé lo que me digo... Estoy todo el día tan contrariada, tan nerviosa...

MANUEL

(*Con interés.*) Cierto. Tus manos arden.

MATILDE

No, no es nada; nervios; nada más que nervios. El aire del paseo me pondrá bien. (*Entra Petra con el sombrero y unos guantes en la mano.*)

ESCENA X

Dichos y PETRA

PETRA

Señorita: la señora dice que aquí tiene usted el sombrero y los guantes.

MATILDE

¿Ves? (*A Manuel.*) Ya nos mete prisa mamá.

PETRA

En seguida sale.

MATILDE

(*Llegando frente a la chimenea, encima de la cual habrá un espejo.*) Pon aquí esas cosas. (*A Petra, bajo.*) No te vayas. (*Comienza a ponerse el sombrero delante del espejo.*)

MANUEL

(*A Matilde.*) Si te encuentras mal, no debes salir.

MATILDE

No te preocupes. De veras, no es cosa de cuidado. (*Termina de ponerse el sombrero. Entra doña Remedios por la primera puerta derecha con sombrero puesto.*)

ESCENA XI

MATILDE, PETRA, DOÑA REMEDIOS, MANUEL y luego MARIANO

REMEDIOS

(*A Matilde.*) ¿Estás lista?

MATILDE

A tu disposición.

REMEDIOS

(*A Manuel.*) ¿Conque tú no vienes?

MANUEL

No señora. Tendría que vestirme y se les haría a ustedes tarde. (*Entra Mariano por el fondo.*)

MARIANO

El coche. (*Se retira por donde entró.*)

REMEDIOS

Vamos.

PETRA

(¿Qué me querrá esta niña?) (*Viendo que Matilde se separa de la chimenea haciéndole señas de que espere allí.*)

ESCENA XII

MATILDE, REMEDIOS, PETRA y MANUEL

MATILDE

(*A Manuel.*) Hasta luego. (*Sin coger los guantes que estarán sobre la chimenea.*)

MANUEL

Adiós.

REMEDIOS

Adiós, sobrino.

MANUEL

Tome usted el brazo. Las acompañaré hasta el carruaje.

REMEDIOS

Muchas gracias. Ve tú delante, niña. (*Matilde pasa delante de Manuel y Remedios, y se dirige con ellos al fondo. Cuando todos llegan a éste, Matilde hace como si recordara alguna cosa.*)

MATILDE

¡Ay, qué cabeza!... ¡Pues no se me olvidaban los guantes! Sigan ustedes; en seguida voy. (*Salen por el fondo Remedios y Manuel.*)

ESCENA XIII

MATILDE y PETRA

Matilde observa un instante hacia el fondo para cerciorarse de que Manuel y Remedios no la ven y sigue su camino. Luego se dirige donde está Petra, y al llegar junto a ella saca precipitadamente la carta que ocultó en el bolsillo.

MATILDE

(*A Petra enseñándole la carta.*) Sin que nadie se entere. ¡Entiendes! Esta carta al señorito Enrique. ¡Al casino, a escape!

PETRA

Descuide *usté.*

MATILDE

No olvides que es urgente. (*Coge los guantes que están sobre la chimenea y sale por el fondo.*)

PETRA

Y ahora a decirle cuatro palabritas dulces al otro. ¡Viva el desahogo y ande el lío!... (*Entra Aurora por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA XIV

AURORA y PETRA

(*Petra que se drige precipitadamente hacia la segunda puerta derecha, tropieza con Aurora.*)

AURORA

(*A Petra.*) ¿Dónde vas tan *aprisa?*

PETRA

(*Enseñándole la carta.*) A quitarle trabajo al cartero del interior.

AURORA

(*Con indiferencia.*) Una carta.

PETRA

De la señorita Matilde *pa* su novio.

AURORA

¿*Pa* Manuel?

PETRA

No seas estúpida. Manuel es el novio oficial; la carta va *pa* el otro, *pa* el novio *efetivo,* mujer.

AURORA

(*Con ansiedad.*) ¿*Pa* Enrique? ¡Trae! Necesito ver esa carta.

PETRA

Esta carta...

AURORA

Sí; ¡tráela! ¿No comprendes que leyendo, sabiendo lo que dice esa carta puedo salvar a Ma-

nuel, probarle que le engañan? ¿No sabes que Manuel, ese Manuel a quien Enrique y Matilde quieren deshonrar, es mi Manuel?

PETRA

¿El tuyo?

AURORA

El mío. ¡El que no será de ella! Porque tú, mi amiga de siempre, mi hermana casi, no vas a permitir que le hagan daño, y que yo muera de desesperación. ¡Trae esa carta! ¡Tráela, Petra! ¿Quieres que te la pida con los brazos en cruz? (*Suplicante.*)

PETRA

No hace falta tanto, mujer. Tratándose de ti, y de hacer bien a un hombre, ¿voy a dudar yo? Además, ¿qué miramientos merece una mozo como Matilde? ¡Poco antipáticas me son la hija y la madre! ¿Qué *pué* ocurrir? ¿Que se enteren y me pongan en la del rey? Regaño más y garbanzo menos, lo mismo tendré en otra casa. Toma. (*Entrega la carta a Aurora.*)

AURORA

(*Cogiendo la carta con ansiedad y mirando el sobre.*) El sobre no tiene dirección; está en blanco.

PETRA

¡Pensarás que la niña es tonta! El sobre en blanco y la letra de *drento desfigurá*, y sin firma alguna. He *llevao* muchas de esa casta. Así, aunque la carta se pierda o la cojan, no se sabe *pa* quien, ni de quién es. Estas señoritas gastan más conchas que los galápagos.

AURORA

(*Abriendo la carta y leyendo alto, mientras Petra la escucha.*) "Esta noche, a las diez, donde siempre; en el jardín, junto al kiosco. Él sale. Mientras los otros están dentro de casa, iré yo allí. Dejaré abierta la puerta excusada. No tienes más que em-

pujar, como siempre. Urge que nos veamos." Tienes razón: no lleva firma.

PETRA

¿Qué le ocurre a Matilde para tantas precipitaciones?

AURORA

Ya lo sabrás luego. Ahora es ocasión de otra cosa. Ahora... (*Se dirige al escritorio, coge un sobre, mete en él la carta de Matilde y cierra el sobre.*) Esto es; otro sobre. (*Dando la carta a Petra.*) Ten la carta y llévala en seguida.

PETRA

Corriente. (*Sale Petra por la puerta segunda derecha.*)

AURORA

(*Con actitud de triunfo.*) ¿No pedías pruebas, Matilde? Ya las tengo. ¡Ah, él! (*Entra Manuel por el fondo en actitud meditabunda y triste y llega hasta el primer término sin reparar en Aurora, que habrá quedado junto a la segunda puerta derecha.*)

ESCENA XV

AURORA y MANUEL

MANUEL

(¡Matilde!) (*Con amargura.*) ¡Tampoco Matilde! (*Con desesperación.*) Y si ella no me comprende, ¿qué va a ser de nuestro porvenir? ¿Qué va a ser de mi dicha? ¡Porque mi dicha es ella! (*Con pasión. Se deja caer en una de las butacas y oculta el rostro entre las manos, mientras Aurora le contempla con tristeza y amor.*)

AURORA

(*Acercándose a Manuel.*) Señorito Manuel...

MATILDE

(*Levanta la cabeza y ve a Aurora.*) Aurora, acércate. ¿Por qué me llamas señorito Manuel?

AURORA

Yo...

MANUEL

No; tú no debes llamarme así. Llámame Manuel como siempre, como antes.

AURORA

¡Como antes!

MANUEL

Lo mismo. Puede haber concluído entre nosotros por obra del tiempo, y de las circunstancias, de hechos que ni tú ni yo conseguiríamos volver atrás, la pasión, el lazo carnal que nos unía; pero restan la confianza y el afecto. Si no somos dos amantes, somos dos amigos fieles, dos hermanos. Los hermanos ni se llaman señorito, ni se hablan de usted. Hablémonos de tú.

AURORA

¡Manuel!...

MANUEL

¡Pobre Aurora! ¡Pobre de mí, acaso!...

AURORA

¿De ti? ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?

MANUEL

Lo más horrible que le puede ocurrir a un hombre lleno de fe, de esperanza y de ilusiones; ver rota su fe, heridas sus ilusiones y sus esperanzas a punto de desvanecerse... ¡No ser comprendido! ¡No ser comprendido ni por aquellos que uno lleva dentro del corazón!... ¡Qué tortura más grande!...

AURORA

¡Manuel!...

MANUEL

!Y ella... Tampoco ella!... No; ¡si no debe ser verdad! Si sólo al imaginar que ella no me comprende, me hace pedazos el cráneo.

AURORA

¡Ella!

MANUEL

¡Perdona!... Acaso te ofendan mis palabras

AURORA

¡Ofenderme! ¿Por qué? Lo nuestro concluyó hace ya muchos años!...

MANUEL

¡No ser comprendido!... ¡No ser comprendido! Tantos días preparándome para la lucha, tantos años de constante y ruda labor! ¡Tantas horas de vigilia, de esfuerzos, para intentar el salto del porvenir! Y cuando vengo aquí seguro del triunfo, ¿qué encuentro? ¿Amor? Amor, sí, el amor corriente, vulgar, el que se traduce en sonrisas, suspiros, en palabras dulces, en pensamientos rutinarios, en esperanzas baladíes; ese; no el amor verdadero, el grande, el que resulta, más que aproximación compenetración, juxtaposición de dos seres; el que cree siempre y comprende siempre, porque cuando no comprende, adivina, y cuando no adivina admira y respeta! Ahí tienes lo que buscaba yo, lo que temo no hallar... Y si no lo encuentro, ¡qué tristeza más espantosa para mi alma!... (*Con desesperación y ocultando el rostro entre sus manos.*)

AURORA

(*Con cariño.*) ¡Vamos, Manuel! Tú no debes acobardarte. Un hombre que vale lo que tú, sale adelante con lo que desea, aunque esté solo, aunque no le acompañe nadie.

MANUEL

¡Solo! ¡No... Repito que es imposible! Me obceco, soy injusto con ella.

AURORA

¡Ella!

MANUEL

¡También lo dudas tú! ¡También crees que no me comprende!

AURORA

¡Si fuera eso solo!

MANUEL

¡Qué dices!

AURORA

La verdad. No puedo, no debo mentir. Tratándose de otro no lo haría; tratándose de ti ¿cómo voy a hacerlo?... ¡No, no en posible que esos miserables escarnezcan a un hombre como tú!

MANUEL

¡Eh!

AURORA

Mailde no te comprende; pero esto es poco. Matilde no te quiere; es poco aun: ¡Matilde te engaña!

MANUEL

¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Qué dijiste, Aurora?

AURORA

Te engaña.

MANUEL

¡Oh!

AURORA

Te engaña, porque no apetece más que el dinero, te engaña porque tiene un amante. (*Manuel, al oir estas frases, se dirige a Aurora en actitud amenazadora.*)

MANUEL

¡Mentira! ¡Mentira!... ¡Eso no es verdad!... ¡No es verdad!... ¡La calumnias!...

AURORA

¡Yo!...

MANUEL

¡Tú, sí, tú!... Lo que has dicho es falso. Una calumnia, lo repito.

AURORA

¡Manuel!

MANUEL

Sí, la calumnias. Ya veo clara tu intensión. Aun piensas en mí; aun quieres ganarme para ti.

AURORA

¡Manuel! ¡Manuel!

MANUEL

Lo quieres. ¡Y como Matilde te estorba, pretendes deshacerte de ella y recoges todo el cieno que amasaste en el arroyo cuando moza, para arrojarlo sobre ella y salpicarme a mí en el alma!

AURORA

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y tú supones?... ¡Qué horror, Virgen santa, qué horror! ¡Trato de salvarle y me insulta; procuro por su *felicidá* y me da en cara con mi vergonzoso *pasao!* ¡Yo no merezco eso, Manuel! ¡No, no lo merezco!

MANUEL

¡Di que mientes, mujer! ¡Dilo pronto; dilo y te perdono! ¡Acaba de decirlo!

AURORA

¡No miento! Te engaña. Tiene un amante: Enrique.

MANUEL

¡Oh!

AURORA

Sé que te hago daño, mucho daño. Arrancar un querer del pecho es muy doloroso. Pero la herida que te hago yo, puede curarse; curará. La que ellos van a causarte es de muerte.

MANUEL

¡Enrique! ¡Matilde!... No; ¡si no te creo! ¡Si la adoro cómo voy a creerte! ¿Quieres que te crea? Dame una prueba; una que no admita vacilaciones; que no permita dudas... ¿Tienes esa prueba?... No; no la tienes. ¿Verdad que no la tienes?

AURORA

La tengo.

MANUEL

¡Venga!

AURORA

He *hablao* con Matilde *pa* exigirle que no se casara contigo. Ella, temiendo lo que pueda intentar yo, ha escrito a Enrique para ponerse de acuerdo con él. A las diez están *citaos* en el jardín. "Donde siempre, junto al kiosco." Ve al jardín, óyelos; y luego de oirles, si te he mentido, mátame.

MANUEL

¡Conque ellos!... ¡Iré!

AURORA

He cumplido con mi obligación. Ahora, adiós, Manuel. ¡Adios *pá* en jamás de la vida!

MANUEL

¡No! No te irás.

AURORA

¡Manuel!

MANUEL

¡No te irás! Si has mentido eres una criatura vil, merecedora de todos los castigos, de todas las afrentas. Si has dicho la verdad, me has salvado, me libras de una muerte, mil veces peor que la del cuerpo, la del alma. Si has hecho eso mereces gratitud, alabanza y admiración.

AURORA

¡Ay!

MANUEL

Pues bien; si es para el premio, para el premio; si es para el castigo, para el castigo. Para una cosa o para otra tenes que esperar. ¡Espera, Aurora! ¡Espera!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa el jardín del hotel. Al fondo la fachada trastera y entrada de éste. La puerta de entrada del hotel será practicable, conduciendo a ella tres o cuatro escalones de piedra. Esta puerta será de cristales, por los cuales así como por los de las ventanas, se verán luces encendidas. A la derecha, en primer término, en lo que remedará tapia, una puertecita practicable que estará cerrada con un cerrojo al comienzo de la representación.

A la izquierda, en segundo término, un kiosco chino al que dará acceso una pendiente enfrentada con el público. En el resto de la decoración, árboles, cuadros de flores, etcétera. etc.

La luz de la luna iluminará el jardín al comenzar la escena, ocultándose cuando lo indiquen las anotaciones y volviendo a salir cuando se marque.

Al levantarse el telón, aparecen en primer término, a la derecha, sentados en sillas rústicas y teniendo delante mesitas portátiles de madera, Matilde, Remedios, y el doctor Ramírez.

En segundo término, a la izquierda, habrá una mesa, portátil, también, pero más grande que las anteriores.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, REMEDIOS, DOCTOR RAMÍREZ y DON AMBROSIO

MATILDE

No puede ser más agradable la temperatura.

DOCTOR RAMÍREZ

Se conoce que Mayo está impaciente por llegar y le mete a Abril de contrabando sus deliciosas noches.

MATILDE

Pues bendito sea el contrabandista que nos permite tomar el te en el jardín.

DOCTOR RAMÍREZ

Y la luna que nos deja ver su hermosísima cara.

MATILDE

¡Qué galante!

DOCTOR RAMÍREZ

Y que esta noche disfruto yo solito el espectáculo de esa; digo solo, porque Ambrosio se fija poco en ellas cuando son caras de la familia, por supuesto.

DON AMBROSIO

¡Hombre!

DOCTOR RAMÍREZ

Por lo que hace a Manuel, como se va de conferencia...

DON AMBROSIO

Y que no la pierde por nada.

REMEDIOS

¡Cuando no la pierde por su novia!...

DOCTOR RAMÍREZ

¡Tonto, más que tonto! Dejar una mujer tan bonita por un programa químico. Cualquier día, a su edad, ¡qué digo a su edad! a la que tengo yo hoy, dejo yo una muchacha guapa por una disertación científica. No hay mejor recreativo que unos ojos como éstos. (*Señalando los de Matilde.*)

MATILDE

Gracias a que Manuel está vistiéndose en su cuarto. Si no, duelo seguro. (*En tono jovial.*)

DOCTOR RAMÍREZ

(*Lo mismo.*) ¡Ya lo creo que nos batiríamos! ¡A receta limpia!

DON AMBROSIO

Es el arma que los médicos manejáis mejor. (*Con el mismo tono.*)

DOCTOR RAMÍREZ

(*Riendo.*) Como vosotros el garrote. Cuestión de costumbre.

DON AMBROSIO

Y a propósito de Manuel. Ha estado hecho un santo durante la comida. ¡Cómo que no ha hablado apenas, que es su sistema único para no mortificar a nadie!

REMEDIOS

¡Calla! Pues es verdad que ha estado muy serio.

MATILDE

Muy preocupado, nervioso... impaciente. ¿Qué le ocurrirá?

DOCTOR RAMÍREZ

La conferencia, hija, la conferencia. Los sabios jóvenes toman esas cosas muy en serio.

REMEDIOS

Don Homobono se retrasa. ¿Si no irá a venir?

DOCTOR RAMÍREZ

Antes faltará a misa.

REMEDIOS

Cierto que hoy hemos comido más temprano.

MATILDE

Manuel tiene que salir a las nueve.

ESCENA II

Dichos, DON HOMOBONO y MARIANO

DON HOMOBONO

Tomando la fresca, ¿eh?

REMEDIOS

Sí, pero la tomaremos con alguna cosita más como de costumbre. ¡Mariano!

MARIANO

Señora.

REMEDIOS

Que le ayude a usted Petra a traer el café y los licores. (*Vase Mariano por el fondo.*)

DON HOMOBONO

¡Buen programa! Usted me dará una tacita de café y yo luego le dará a usted codillo.

REMEDIOS

¡O lo otro!

DON HOMOBONO

¡Quiá!

DOCTOR RAMÍREZ

¡Darle codillo a don Homobono! Resulta casi imposible. Es muy segurito.

DON HOMOBONO

Sí, señor, sí, señor. (*Entran Petra y Mariano por el fondo con dos bandejas, servicio de café, botellas de licores, copas y vasos.*)

ESCENA III

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, EL DOCTOR RAMÍREZ, DON AMBROSIO, PETRA y MARIANO

MATILDE

Ya está aquí el café. (*Petra pone en la mesa de la izquierda el servicio, ayudada por Mariano.*)

DON AMBROSIO

Solo falta tomarlo.

MATILDE

Y que yo lo sirva a ustedes. (*Matilde se dirige a la mesa de la izquierda, donde estará Petra. Mariano se ocupará en poner copas y vasos de agua en la mesita.*)

DOCTOR RAMÍREZ

Miel sobre hojuelas.

MATILDE

¿La misma cantidad de azúcar? (*A todos.*)

DON AMBROSIO

¡Por supuesto!

MATILDE

(*Mientras sirve el café ayudada por Petra. A Petra.*) ¿Conque le viste a él (*Bajo.*)

PETRA

(*Lo mismo.*) Sí, señora.

(*Matilde se dirige a la derecha con dos tazas de café en la mano; una que pone delante de su madre y otra delante de don Homobono.*)

DON HOMOBONO

Muchas gracias, hija.
(*Matilde vuelve a la mesa de la izquierda.*)

MATILDE

(*Mientras sirve otras dos tazas, bajo a Petra.*) ¿En persona?

PETRA

(*Bajo.*) En persona.

(*Matilde vuelve a la derecha con dos tazas de café que coloca frente al Doctor y don Ambrosio.*)

MATILDE

Estas para ustedes.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Lástima que te lleves las manos!

MATILDE

(*Volviendo a la mesa de la izquierda y bajo a Petra.*) ¿Y te dijo?

PETRA

Ya lo sabe *usté*. Contéstale a tu señorita que se hará como manda.

MATILDE

(¡Qué despacio va el tiempo.) (*Sirviéndose el café.*)

DON HOMOBONO

(*Apurando de un sorbo el café.*) ¡Excelente!)

DOCTOR RAMÍREZ

(*Haciendo lo mismo.*) ¡Magnífico!

(*Mariano habrá ido sirviendo los licores durante este diálogo. Aparece Manuel en la puerta del foro. Vestirá levita y llevará un abrigo de entretiempo al brazo y un sombrero de copa en la mano.*)

MATILDE

¡Ahora el mío! (*Al ver a Manuel.*) Es decir, el tuyo y el mío! (*Sirviendo otra taza y dirigiéndose a Manuel con las dos tazas en la mano.*)

MANUEL

Gracias. Buenas noches, don Homobono. (*Manuel después de saludar a don Homobono, se sienta frente a una mesita desocupada donde pone las dos tazas Matilde, sentándose luego al lado de Matilde.*)

REMEDIOS

(*A Petra y Mariano.*) Pueden ustedes retirarse. (*Salen Petra y Mariano por el fondo.*)

ESCENA IV

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, DON HOMOBONO, DOCTOR y AMBROSIO

REMEDIOS

(*A Manuel.*) ¿De modo que esta noche nos dejas?

MANUEL

¡Qué remedio! (*La actitud de Manuel durante la escena, será de preocupación y ensimismamiento.*)

DOCTOR RAMÍREZ

¿Conque Avendaño, el famoso químico, va a explicaros su descubrimiento.

MANUEL

Sí.

DOCTOR RAMÍREZ

¡Gran noche te espera!

DON AMBROSIO

¡Un descubrimiento nada menos! (*Con burlona ironía.*)

MANUEL

Un descubrimiento, sí señor; un descubrimiento que va a enseñarnos otra nueva verdad. ¡La verdad! (*Como respondiendo a sus angustias interiores.*) ¡Cuántas luchas, cuántos dolores supone casi siempre encontrarla!

DOCTOR RAMÍREZ

Avendaño ha trabajado mucho.

DON AMBROSIO

Para inventar un nuevo explosivo.

DON HOMOBONO

Otro medio de destrucción.

REMEDIOS

Que los enemigos de la sociedad aprovecharán seguramente contra ella.

MANUEL

No hay que apurarse. Todos esos explosivos son fuerzas; fuerzas salvajes al principio, por eso se emplean en servicio del mal. Ya domaremos, ya civilizaremos esas fuerzas para que se empleen en servicio del bien. Lo importante es que existan y que las vayamos conociendo. (*Volviendo a su actitud serena de antes.*) ¡Ay! (*Inclina la cabeza sobre el pecho.*)

MATILDE

(*Extrañada de la actitud de Manuel.*) ¿Qué tienes? Estás así como triste, como preocupado... ¡Tan alegre que te dejé cuando nos fuimos de paseo!...

MANUEL

Acaso por eso; porque estaba entonces muy alegre, estoy como estoy. A grandes excitaciones, depresiones grandes. (*Hace una pausa y apura la taza de café. Levantándose.*) Vaya, llegó el momento de dejarles.

MATILDE

¿Tan pronto?

MANUEL

Tengo mucho interés en lo que voy a escuchar esta noche.

REMEDIOS

¿Te vas?

MANUEL

Sí.

REMEDIOS

Espérate. Que enganchen el carruaje.

MANUEL

¡De ninguna manera! Está cerca. Voy mejor a pie.

REMEDIOS

Como gustes.

MANUEL

(*Al doctor.*) ¿Usted no viene?

DOCTOR RAMÍREZ

No; prefiero el tresillo. Ya me enterarán mañana los periódicos. La oratoria de Avendaño es poco entretenida. Figúrense ustedes, es tartamudo...

MANUEL

(*Despidiéndose.*) En tal caso, adiós.

MATILDE

¿A qué hora vuelves?

MANUEL

A las doce aproximadamente.

MATILDE

(*Aparte a Manuel.*) No vayas a entretenerte y

vengas después que éstos se hayan ido y cuand
estemos acostadas nosotras.

MANUEL

(*Con intención.*) Descuida, Matilde. Llegaré
tiempo. (*Sale Manuel por el fondo.*)

ESCENA V

MATIDE, REMEDIOS, DOCTOR, DON HOMO BONO, DON AMBROSIO. Luego PETRA y MA RIANO

DON AMBROSIO

(*A don Homobono.*) ¡Un nuevo explosivo!

DOCTOR RAMÍREZ

¡Y formidable! Como no se equivoque Avenda ño, con una pequeñísima cantidad, metida en u tubo de acero, se puede hacer salar esta casa.

DON AMBROSIO

¡Caracoles! (*En este momento se debilita la lu de la luna.*)

DON HOMOBONO

El café se ha acabado, y esas condenadas nub cillas se empeñan en taparnos la luna.

REMEDIOS

Hable usted sin rodeos y diga que está rabiand por jugar al tresillo. Vamos cuando quieran ust des. (*A Mariano, que durante la escena habrá qu dado en pie en el último término.*) Ven con P tra y lleváos esto. (*Sale Mariano por el fondo. L vantándose dice a don Homobono.*) ¡Darme cod llo! Yo sí que voy a dárselo a usted.

DON HOMOBONO

¡Puede! (*Con ironía.*) (*Salen Petra y Mariano, quienes durante el diálogo irán cogiendo tazas y vasos, no dejando encima de la mesa grande más que las cafeteras. En otras bandejas se llevarán los vasos y las tazas. También entrarán las mesitas portátiles en el hotel.*) (*Ofreciendo el brazo a Remedios.*) ¿Andando?

REMEDIOS

(*Cogiéndose del brazo de don Homobono.*) ¡Andando! (*Se dirigen al fondo.*)

DOCTOR RAMÍREZ

(*A Matilde ofreciéndole el brazo también.*) ¿Y tú?

MATILDE

(*Cogiéndose del brazo del doctor.*) Yo les veré jugar un ratito y luego me meteré en mi cuarto a escribir unas cartas. Estoy muy atrasada en mi correspondencia con las compañeras del colegio. (*Salen por el fondo Matilde, Remedios, el doctor, don Homobono, y don Ambrosio.*)

PETRA

(*Entrando. A Mariano.*) Tú coges esas dos mesitas que quedan y adentro con ellas, mientras yo acabo de limpiar esto. (*La mesa grande. Mariano coge las mesitas y entra en el hotel. La luz de la luna brillará a intervalos, ocultándose, volviendo a aparecer, etc.*)

ESCENA V

PETRA, en seguida AURORA

PETRA

(*Limpiando la mesa.*) ¡Ajajá! Ya está limpia la mesa. (*Cogiendo el servicio de café que ha queda-*

do encima de ésta.) Ahora, a la cocina a bostezar hasta que a esa gente le entren las ganas de acostarse. Les entrarán tarde; ¡claro! Como ellos no madrugan... (*Petra se dirige hacia el hotel con la bandeja en la mano. En este momento sale del hotel Aurora con la mantilla echada sobre los hombros y se dirige hacia el kiosco, tropezando con Petra en el camino.*)

AURORA

(¡Por fin va a convencerse de que no le engaño! Por fin voy a salvarte, Manuel.) (*Sigue su camino y se encuentra con Petra.*)

PETRA

(*Sorprendida.*) ¡Aurora!

AURORA

(*Contrariada.*) ¡Tú!

PETRA

Acabo de limpiar la mesa y llevo dentro este servicio. Tú, camino de casa, ¿verdad?

AURORA

(*Con turbación.*) Ya lo ves.

PETRA

¡Quién pudiera imitarte! ¡Una noche entera po una sola! Tú puedes disfrutarla; yo... Malo sería que pudiese. *Pa* nosotras, *pa* los criados, las noches libres *sinifican desacomóo y desacomóo sinifica* hambre.

AURORA

(*Impaciente.*) Anda, vete dentro. (*Tratando de explicar su prisa porque se vaya Petra.*) Puedes hacer falta... Acaso te llamen... Además, yo tengo mucha prisa. Voy de compras...

PETRA

Mujer, no seas *súpita.* Que llamen hasta que se

les caiga la campanilla. ¡A mí qué me importa! Y tú, no te atosigues. Los comercios no se cierran hasta las diez.

AURORA

(*Como respondiendo a su pensamiento.*) ¡Las diez!

PETRA

¿Dime, ¿le contaste a Manuel?

AURORA

(*Llena de confusión y con impaciencia.*) No, todavía no.

PETRA

Mal hecho. Yo se lo hubiese *contao en seguía, pa* que los hubiese *cogío* esta noche y les hubiese *dao*: a él dos *trompás* y a ella dos *patás* donde yo me sé.

AURORA

Ya tendrán su castigo. Adiós. (*Haciendo ademán de irse.*)

PETRA

Adiós, chica, adiós. Ni que tuvieses azogue en el cuerpo. Que descanses y hasta mañana.

AURORA

Hasta mañana, Petra. (*Petra se dirige hacia el hotel, y Aurora pasa por delante del kiosco; y se encamina a la puerta izquierda del muro del hotel, donde se detiene sin ser vista de Petra, esperando.*)

ESCENA VII

AURORA, al final MANUEL

AURORA

¡Creí que no se iba! (*Se dirige hacia la derecha.*) Ya estará esperando Manuel. (*Como con*

temor y recelo.) ¿Por qué dudo? ¿Por qué tengo miedo de hacer lo que hago? (*Breve pausa.*) (*Con decisión.*) ¿Miedo yo? ¡Lo que hago es un bien! ¡Es un bien! Adelante entonces.

(*Aurora se dirige a la puertecilla de la derecha, no sin mirar antes si alguien la ve. Cuando llega a la puerta, se detiene, escucha un momento inclinada hacia ella y luego descorre el cerrojo con mucha precaución. La puerta se abre y aparece Manuel. La luz de la luna habrá desaparecido completamente.*)

MANUEL

(*A Aurora.*) ¿Eres tú? (*Bajo.*)

AURORA

(*En el mismo tono.*) Yo, Manuel. (*Manuel vuelve a correr el cerrojo con las mismas precauciones que empleó Aurora para descorrerlo, y se dirige hacia Aurora, que habrá retrocedido unos pasos.*)

ESCENA VIII

AURORA y MANUEL

MANUEL

(*Vuelto de espaldas a la puerta y sin separarse de ella aún.*) ¡La verdad! ¡Toda la verdad! Eso necesito, aunque la verdad me asesine. (*Manuel coge a Aurora por la mano y se dirige con ella despacio hacia el kiosco. Mirando el kiosco y sus alrededores.*) Aquí. ¿No es eso? Aquí es donde van a reunirse, a entenderse. Aquí. ¡Donde siempre!... Dos palabras ¿eh? Dos palabras vulgares. Pues estas dos palabras, las escribe una mujer sobre un pedacillo de papel blanco. Esribe una... otra luego

se juntan las dos, y matan la ventura de un hombre. (*Con amarga desesperación.*)

AURORA

¡Manuel!

MANUEL

(*Sigue sin oirla.*) "Donde siempre". Es decir, en el sitio escogido por ellos, para satisfacer sus pasiones; para hacer escarnio de mi credulidad, para venderla incuamente. ¡Y esto una hora, un momento después acaso, de haberme ella jurado amor con una sonrisa, y él amistad con un cariñoso apretón de manos!

AURORA

Oye...

MANUEL

Ya te oigo; ya te oigo. Figúrate si oiré bien que estoy repitiendo uno por uno los gritos que lanza mi dolor.

AURORA

¡Dios mío! ¿Por qué me has obligado a hacerle sufrir?...

MANUEL

¡Sufrir!... No te arrepientas. Si lo que dijiste es verdad, bien has hecho diciéndolo. Era tu deber. ¿Pero es verdad? ¿No me has mentido?... Mira, si me hubieses mentido, si me dijeras "he mentido", no sólo te perdonaría, ¡perdonarte es poco!; caería a tus pies, me abrazaría a tus rodillas para darte gracias, para gritarte que todo el daño que me habías causado, valía con creces la felicidad que me proporcionabas. ¡He mentido! ¡He mentido! ¡Si tú pudieras decirme eso!

AURORA

¡Qué más quisiera yo, sino podértelo decir. (*Con ternura y grandeza.*)

MANUEL

(*Con desesperación.*) ¡No lo dice!... ¡No lo d
ce, porque no lo puede decir! ¡Por que no ha me
tido! ¡No! ¡Tú no mientes! ¡Los que mienten s
ellos! ¡Es ella! ¡Ella! Dios grande, naturaleza t
dopoderosa, ¿por qué sois tan crueles? ¿Por q
permitís que el mal se disfrace con un cuerpo he
moso, que la iniquidad se oculte tras un rostro ll
no de inocencia y la traición se escude en el bri
apasionado de unos ojos serenos? ¡Ella! ¡Matild
¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Se deja caer con desesp
ración en un sofá de mimbre que habrá junto
kiosco.*)

AURORA

(*Acercándose a él y luego de contemplarle c
angustia un momento.*) Si yo te dije, yo te con
la verdad fué...

MANUEL

(*Interrumpiéndola.*) ¡No te sinceres! ¿No oy
que hiciste bien? Tampoco te preocupes por r
tormento.

AURORA

¡Que no!

MANUEL

Era necesario sufrirlo antes o sufrirlo despué
(*Brevísima pausa.*) Como el enfermo, en el mome
to de la amputación, grito y me desespero; pe
la acepto porque es precisa, porque es inevitab
El miembro gangrenado tiene que arrancarse de
carne viva, para que no la contamine y destruy
La carne viva tiembla al verse delante del cuchill
los nervios se insurreccionan y palpitan medros
mente. Brilla el cuchillo junto a la carne, desg
rrando arterias y músculos... El enfermo abre l
ojos; ve el miembro podrido, separado del tronc
y llora, porque es algo suyo que le abandona pa

siempre; llora, pero después sonríe y da las gracias al cirujano, porque acaba de salvarle la vida. Gracias, Aurora, muchas gracias! (*Con dolor y ternura.*)

AURORA

No hice lo que hice *pa* que tú me dieses las gracias. Me salió de aquí dentro. (*Señalándose el corazón.*) Ni tan siquiera lo pensé. Bueno o malo, de aquí dentro salió.

MANUEL

Bueno fué. (*Suenan a lo lejos diez campanadas. Manuel y Aurora las oyen en silencio, como si por lo bajo fueran contándolas una a una.*)

AURORA

¡La diez!

MANUEL

La hora. (*Con alegría dolorosa.*) ¡Van a cesar las dudas! Por triste, por horrible que sea la verdad, el espíritu cara a cara con ella. (*La luna, que como se dijo antes se ha ocultado al comienzo de esta escena, aparece en el instante en que se abre la puerta del hotel, y se muestra en ella Matilde que antes de abandonarla permanece un instante inmóvil.*)

ESCENA IX

AURORA, MATILDE y MANUEL

AURORA

(*Viendo desde el sitio que ocupan Manuel y ella, que no estará alumbrado por la luz de la luna, la figura de Matilde.*) ¡Ella!

MANUEL

¡Ella, sí! (*A Aurora.*) ¡Silencio! (*Cogiéndola de la mano y conduciéndola hasta el kiosco.*) Tú, ahí dentro. Necesito estar solo con ella. (*Aurora empujada por Manuel, entra en el kiosco. Matilde desciende por la escalera poco a poco y Manuel se oculta tras el tronco de un árbol. Matilde mira recelosamente a todas pares, y luego se dirige con resolución hacia la puertecilla de la derecha. Manuel la sigue con cautela y lentitud. En el momento en que Matilde va a descorrer el cerrojo, Manuel, que ha llegado junto à ella, detiene su mano. Matilde se vuelve sorprendida y aterrada. La luna habrá desaparecido en el momento en que Matilde ha llegado al pie de la escalera.*)

MATILDE

(*Con terror.*) ¡Manuel! (*Reconociéndole.*)

MANUEL

¡Qué puntual has sido, mujer! (*Con sarcasmo doloroso.*)

ESCENA X

MATILDE y MANUEL

MATILDE

(*Tratando de huir.*) ¡Manuel!

MANUEL

(*Sujetándola fuertemente por la muñeca.*) ¡No te impacientes! No tengas tanta prisa en abrir. Aún no habrá venido. (*Descorre el cerrojo, entreabre la puerta y hace acercarse a ella a Matilde.*) ¿Ves? Nadie todavía. Está tranquila, ya vendrá. (*Abre de par en par la puerta.*) Cuando venga, franca tiene

la entrada. ¡Que entre! (*Conduce a Matilde al primer término centro.*) Y mientras llega él, hablemos nosotros.

MATILDE

¡Oh! (*Con desesperación*)

MANUEL

¿Cómo has podido ser tan infame conmigo?

MATILDE

¡Manuel! (*Aterrada.*)

MANUEL

No tiembles. ¿Imaginas que voy a matarte? (*Con ironía dolorosa.*) No. Se mata a otras mujeres, cuyos extravíos o cuyos crímenes pueden redimirse con sangre. Se mata a las que la pasión las empuja, y el vértigo de esa misma pasión enloquece; a las que deshonran a un hombre por criminal, pero por arrebatado impulso. A ti, llevada al engaño por el egoísmo y por la codicia, matarte sería hacerte mucho honor. Eres tan ruin, que ni siquiera tiene derecho a que te maten.

MATILDE

¡Déjame, Manuel, déjame! (*Procurando alejarse.*)

MANUEL

((*Impidiéndoselo.*) ¡Dejarte! ¿No oyes que necesitamos hablar? Hablar yo, tú y él; los tres. Los burladores y el burlado. Pues, ¿qué suponías? ¿Que mi dolor y vuestra vileza iban a pasar en silencio? ¡No, mujer, no! Responde. ¿por qué has sido tan infame conmigo? Si no me querías ¿por qué no detuviste en mis labios la primera palabra de amor, y en mi pecho el primer latido de esperanza? Si amabas a otro, ¿por qué fingiste amarme? Si eras de otro, ¿por qué jurabas ser mía? Si sigues, si

pensabas seguir siendo de otro, ¿cómo has tenid valor para hacerme promesa de esposa? Si esto e cierto, ¿cómo ibas a tener la cínica audacia de arro dillarte al pie de un altar y ofrecerme ante Dios, e la casa, en el templo, en el santuario de ese Dios qu veneras, vamos, que dices que veneras, un cuerp impuro y una conciencia vil?

MATILDE

¡Calla! ¡Calla!

MANUEL

No, no; si quiero continuar preguntándote, pa ra que me contestes, para que halles dentro de ti algo que te disculpe a tus propios ojos, algo qu convierta el amor que tuve en lástima, y no en as co, que es lo que ahora me inspiras.

MATILDE

¡Manuel!

MANUEL

¡No lo hallas! ¿Ves como no lo hallas? ¿Ve como ni lástima puedo tenerte? ¡Y sólo para sa tisfacer vuestra codicia miserable de unos monto nes de oro, sólo por eso, íbais a destruir la exis tencia de un hombre de bien! ¡Parece mentira qu en vientres de mujer, haya sitio para engendra monstruos así.

MATILDE

¡Basta!

MANUEL

Cuando pienso vuestro delito, me entran gana de aplastarte contra la tierra. (*Con ira.*)

MATILDE

¡Perdón!

MANUEL

¡Qué hubiera sido de mí sin Aurora!

MATILDE

¡Ella! ¡Conque fué ella; esa criatura del arroyo!... (*Con ira.*)

MANUEL

No la insultes. ¿No ves que tú no puedes insultar a nadie?

MATILDE

¡Oh! (*Con rabia.*)

MANUEL

Tú, tendrías que arrodillarte, que humillarte delante de ella, delante de cualquier ser honrado, como te humillas ¡como vas a humillarte delante de mí! (*Sacudiendo enérgicamente a Matilde y haciéndola caer a sus pies. Aurora, que ha aparecido en la puerta del kiosco pocos momentos antes, se dirige a Manuel y aparta con sus manos aquella con que Manuel sujeta a Matilde, en el suelo.*)

AURORA

(*Suplicando.*) ¡No, Manuel, no la maltrates; compadécela! (*En este momento aparece, en la puertecilla que Manuel dejó abierta, Enrique, que al ver el grupo formado por Manuel y Matilde se dirige hacia éste con actitud amenazadora.*)

ENRIQUE

¡Cómo, Matilde! ¡Y él la ultraja! (*Matilde, a quien ya habrá soltado Manuel, al oir la voz de Enrique, vuelve la cabeza, se levanta precipitadamente y se dirige hacia éste.*)

MATILDE

¡Ampárame, Enrique! (*Queda al lado de Enrique.*)

ESCENA XI

AURORA, MATILDE, MANUEL y ENRIQUE

ENRIQUE

¡Ampárote! Sí; no tengas miedo. Contra este hombre, contra todos, te amparo yo. (*Se adelanta hacia Manuel con arrogancia y decisión.*)

MANUEL

(*Con sarcasmo.*) Vamos, tienes una condición noble; el valor. No esperaba yo tanto.

MATILDE

(*A Enrique, por Aurora.*) Esa mujer le ha dicho.

MANUEL

¡Todo!

ENRIQUE

¿Eh?

MANUEL

Más claro. Que estoy al cabo de vuestro inicuo proceder; que he venido aquí para sorprenderos; que acabo de llamar a esta mujer, infame, y que ahora te llamo a ti. (*Con energía.*)

ENRIQUE

¡A mí!

MANUEL

Es el dictado que mereces. Por eso te lo doy. (*Manuel y Enrique avanzan un poco uno hacia el otro. Aurora trata de detener a Manuel, Matilde a Enrique.*)

MATILDE

¡Enrique!

AURORA

¡Manuel!

ENRIQUE

Y me darás también una reparación, sosteniendo ante la boca de una pistola o ante la punta de una espada, el insulto.

MANUEL

¡Yo! ¡Batirme yo contigo! ¡Ja, ja, ja! (*Con risa despreciativa y cruel.*) ¡Qué necio eres, Enrique!

ENRIQUE

¡Cómo!

MANUEL

¡Batirme yo, el ultrajado, la víctima de vuestras ruindades; ponerme delante de ti, del villano, del criminal, empuñando una arma cualquiera, para que tú, tan diestro en esgrima como en crímenes, selles mis labios con la muerte, y hagas de mi cadáver una losa para cubrir vuestro repugnante secreto!... ¿Eso es lo que pides? ¡No lo tendrás!

ENRIQUE

¿No?

MANUEL

No; se baten los iguales; los que en el combate arriesgan lo mismo. Nosotros no somos iguales. ¡Cómo vamos a serlo! Se baten caballero contra caballero, ¿verdad? Pues no yo puedo batirme contigo. Tú no eres un caballero; ¡eres un canalla!

ENRIQUE

¡Oh! ¡Pues una reparación has de darme! No quieres de un modo será de otro. (*Avanza hacia Manuel en actitud amenazadora.*)

MATILDE

(*Queriendo detenerle.*) No, Enrique, no.

ENRIQUE

¡Suelta! (*Desasiéndose de ella.*)

AURORA

¡No, esto no es posible!

ENRIQUE

No quieres dármela como se usa entre los hombres de nuestra clase, me la tomaré de otra forma. (*Avanzando.*) Cuerpo a cuerpo, arrancando con estas manos la lengua que me insulta.

MANUEL

¡Prueba!

AURORA

No. ¡Socorro! ¡Socorro! (*Dirigiéndose hacia la puerta del hotel. Enrique levanta la mano para abofetear a Manuel; éste le sujeta con fuerza el brazo, le coge por el otro y lo empuja hasta dejarlo caer contra el banco que hay inmediato al kiosco.*)

MANUEL

(*Luchando.*) ¡No puedes! No podrás! La Naturaleza me ha hecho más fuerte que a ti, miserable. (*Lo deja caer encima del banco. En este momento aparecen en el fondo Remedios, Homobono, Ambrosio y Ramírez. Ramírez, al ver la escena, se dirige precipitademente hacia Enrique, en el momento que éste se levanta.*)

ENRIQUE

(*Alzándose del banco en actitud descompuesta a Manuel.*) ¡Tu vida!

DOCTOR RAMÍREZ

Enrique, silencio. No provoque usted el escándalo. Venga usted. (*Saca por la fuerza a Enrique, que se resiste, por la puertecilla del jardín.*) (*Matilde se deja caer en una silla y oculta el rostro entre las manos. En este momento llegan, al primer término Remedios, Homobono y Ambrosio.*)

DON HOMOBONO

(*Con satisfacción.*) (¡Triunfé!)

ESCENA ÚLTIMA

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, ENRIQUE, DON HOMOBONO, DOCTOR y DON AMBROSIO

REMEDIOS

(*Deteniéndose al lado de Matilde.*) ¡Hija mía! ¿Qué es esto?

DON AMBROSIO

¿Qué ha ocurrido aquí?

MANUEL

Pregúnteselo usted a Matilde que oculta el rostro. Pregúnteselo al hombre que acaba de salir, a su cómplice. ¡Qué conteste ella ¿No contesta? ¡Cuánto valor para el crimen! ¡Cuánta cobardía para confesarlo!

AURORA

¡Basta por Dios! ¡calla!

MANUEL

¡Callar cuando están aquí todos los que en una forma o en otra, pretendían mi sacrificio y mi envilecimiento. ¡Callar! ¡No! Hablar alto, muy alto, para lanzarles al rostro su torpeza y mi indignación.

DON AMBROSIO

¡Estás ultrajando a tu familia!

MANUEL

¡Mi familia! ¡Vosotros mi familia! No, vosotros no podéis ser mi familia; no lo sois.

DON AMBROSIO

¡Manuel!...

MANUEL

¿Qué importa que llevemos la misma sangre, si no llevamos la misma alma? Entre vosotros he nacido, verdad. ¿Y eso, qué? Se nace donde la suerte quiere, de la familia que la suerte dispone; pero esa cuna y esa familia, son obra del azar. No hay obligación de respetarlos cuando no son acreedores al respeto. No, no podéis ser mi familia; no lo sois, lo repito. ¿Cómo han de serlo los que pretendían matar mi inteligencia con sus burlas; esclavizar mis ideas con sus egoísmos, martirizar mi espíritu con todo género de humillaciones y manchar mi nombre con la más horrible de las afrentas? Eso queríais vosotros de mí; eso es lo que hubiérais conseguido, si esta mujer, (*Aurora.*) esta criatura no hubiese llegado a tiempo, de salvarme. (*A Aurora.*) No bajes la cabeza, que la bajen ellos; tú debes levantarla muy alta. Levántala. Míralos cara a cara. ¡Así!... ¿Ves cómo son ellos los que bajan los ojos?

DON AMBROSIO

¡Ella!

MANUEL

(*A Aurora.*) ¡Y yo te abandoné por estúpidos convencionalismos sociales! Y yo te dejé sola, sola como antes, y con un desengaño más en el corazón. ¡Yo te abandoné, mujer generosa y leal!

DON AMBROSIO

¡Manuel!

MANUEL

¡Abandonarte! ¿Por qué causa? ¿Qué culpa tienes tú de la ignorancia y la miseria, y el abandono y el ejemplo, te cercasen, y te empujaran como a todos los tuyos? La culpa es de los que os abandonan, y os empujan, y os hacen caer. Yo debí tenderte la mano, ayudarte, regenerarte. ¡Y no lo hi-

ce, y te dejé cobardemente, despreciando todo lo bueno que hay en ti, para ir en busca de esta gente! Te dejé por ellos. Tú pagas mi abandono salvándome. ¡Perdóname!

DON AMBROSIO

¡Basta! Sal inmediatamente de aquí.

MANUEL

Sí, saldré. Voy a salir inmediatamente; con ella.

DON AMBROSIO

¡Con ella!

MANUEL

¡Con ella! Porque con ella puedo dirigirme hacia el porvenir; porque en ella aun hay sentimientos de dignidad, de justicia, de amor; sentimientos acaso pervertidos, descuidados acaso. No importa, yo los despertaré. En ella, aun hay vida, y donde hay vida puede haber salud. En vosotros, no; vosotros no podéis acompañarme; los muertos no andan; y vosotros, sois muertos sin enterrar.

AURORA

Manuel...

MANUEL

Quedáos ahí solos; podríos ahí solos con vuestras pequeñeces y vuestros crímenes. (*A Aurora.*) Ven tú. (*Cogiéndola por la mano y acercándola a él.*) En ti hay sangre joven, sentimientos puros, conciencia virgen; en mí hay inteligencia, y hay voluntad. ¡Ven, Aurora! (*Atrayéndola hacia sí.*) Más cerca, más cerca aun. Siempre juntos. De nosotros puede brotar algo fecundo. Deja a esos. (*Se dirige hacia la derecha sosteniendo a Aurora con un brazo mientras los demás permanecen inmóviles y sin atreverse a mirarlos.*) Vamos a hacer humanidad nueva.

FIN DE LA OBRA

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

JOYAS LITERARIAS

Publicará las dos interesantes novelas

UN SANTO - EL ANTEPASADO

del gran escritor francés

PAUL BOURGET

TEATRO CLÁSICO

Publicará en su próximo número

LA ESTRELLA DE SEVILLA

Preciosa producción del insigne dramaturgo español

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

Llamado con toda justicia "El Fénix de los Ingenios"

TEATRO CLÁSICO

NÚMEROS PUBLICADOS

1. El haz de leño, por *Gaspar Núñez de Arce.*
2. O locura o santidad, por *José Echegaray* (agotado).
3. ¡Muérete y verás!..., por *Manuel Bretón de los Herreros.*
4. La conjuración de Fiesco, por *J. C. Federico Schiller.*
5. Guzmán el Bueno, por *Antonio Gil y Zárate.*
6. Un drama nuevo, por *Manuel Tamayo y Baus.*
7. El gran filón, por *Tomás Rodríguez Rubí.*
8. Edipo, por *Francisco Martínez de la Rosa.*
9. Consuelo, de *Adelardo López de Ayala.*
10. Un enemigo del pueblo, por *Enrique Ibsen.*
11. El hombre de mundo, por *Ventura de la Vega.*
12. Las alegres comadres de Wíndsor, por *William Shakespeare.*
13. Hernani, por *Víctor Hugo.*
14. La mojigata, por *Leandro Fernández Moratín.*
15. Hamlet, por *William Shakespeare,* (agotado).
16. Padre, por *Augusto Strindberg.*
17. La comedia del amor, por *Enrique Ibsen.*
18. La escuela de los maridos, por *Moliére.*
19. El rey Lear, por *William Shakespeare* (agotado).
20. Sainetes, por *Ramón de la Cruz.*
21. El gran galeoto, por *José Echegaray.*
22. El héroe y el soldado, por *Bernard Shaw.*
23. La vida es sueño, de *Pedro Calderón de la Barca,* (agotado).
24. Mácbeth, por *Guillermo Shakespeare.*
25. En el seno de la muerte, de *José Echegaray.*
26. La fierecilla domada, por *William Shakespeare.*
27. Un milagro en Egipto, por *José Echegaray.*
28. La ciudad muerta, por *Gabriel D'Annunzio.*
29. La intrusa, Los ciegos, Interior, (La trilogía de la muerte), por *Mauricio Maeterlinck.*
30. Los amantes de Teruel, por *Juan Eugenio Hartzenbusch.*
31. El místico, por *Santiago Rusiñol.*

JOYAS LITERARIAS

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Sin rumbo, por *Eugenio Cambaceres* (agotado).
2. Germán y Dorotea, por *Juan Wolfgang Goethe.*—Bola de sebo, por *Guy de Maupassant.*
3. Graziella, por *Alfonso de Lamartine* (agotado).
4. El sombrero de tres picos, por *P. A. de Alarcón* (segunda edición).
5. En la sangre, por *Eugenio Cambaceres.*
6. Un muchacho feliz, por *Bjornstjerne Bjornson.*
7. Wuata Wuara, por *Alcides Arguedas.*
8. El caso extraño del doctor Jekyll.—Los desenterradores, por *R. L. Stevenson* (agotado).
9. El ingenuo, Cómo anda el mundo y Juanico y Perico, por *F. M. Arouet de Voltaire* (agotado).
10. Pablo y Virginia, por *Bernardino de Saint Pierre.* (agotado).
11. Las damas verdes, por *Jorge Sand* (agotado).
12. Amo y criado, por *León Tolstoi.*—Caín y Artemio, por *Máximo Gorki* (agotado).
13. Oliesia, por *Alejandro Kuprin* (agotado).
14. Las campanas, por *Carlos Dickens.*
15. Los precoces, por *Feodor Dostoiewsky* (agotado).
16. El castigo del amor, por *Octavio Feuillet.*
17. La Mionette, por *Eugene Muller.*
18. La herencia, por *Guy de Maupassant.*
19. El enano negro, por *Walter Scott* (agotado).
20. Las Marana, por *Honorato de Balzac.*
21. El abate Constantin, por *Ludovic Halévy.*
22. El océano, por *Leónidas Andreiev.*
23. Insolación, por *Emilia Pardo Bazán.*
24. Marino Falieri, por *Ernesto T. G. Hoffmann.*
25. El título de propiedad, por *Edward Eggleston.*
26. Hugo el Lobo, por *Erckmann-Chatrian.*
27. La reja, por *Salvador Rueda* (agotado).
28. La reina adúltera, por *Alejandro Herculano.*
29. Protasio Lucero, por *B. González Arrili.*
30. La savia, por *Alfonso Pérez Nieva.*

31 y 32. ...Y la burra en las coles, por *Mark Twain* (agotado).

33 y 34. Marianela, por *Benito Pérez Galdós* (agotado)
35, 36 y 37. Salammbó, por *Gustavo Flaubert* (agotado)
38. El Capitán Veneno, por *Pedro A. de Alarcón.*
39 y 40. La mujer gris, por *Hermann Sudermann.*
41. Enriqueta, por *F. Coppée.*—*El* huésped, por *Graci Deledda* (agotado).
42 y 43. Pepita Jiménez, por *Juan Valera.*
44 y 45. Ramuncho, por *Pierre Loti.*
46 y 47. El Académico, por *Alfonso Daudet.*
48. La amiga íntima, por *María del Pilar Sinués.*
49. Juvenilla, por *Miguël Cané.*
50. Lázaro, (poema), por *Ricardo Gutiérrez.*
51. El difunto, Las singularidades de una muchachita ru bia, José Mathías, por *F. Eça de Queiroz.*
52. El molino silencioso, por *Hernán Sudermann.*
53 y 54. El sabor de la tierruca, por *José María de Pe reda.*
55. Arsenia Guillot, por *Próspero Merimée.*
56. Margot, por *Alfredo de Musset.*
57. Dafnis y Cloe, por *Longo.*
58. Nerto, por *Federico Mistral.*
59. Camila, por *Edmundo De Amicis.*
60. La marcha nupcial, por *Bjornstjerne Bjornson.*
61. Cuentos, por *Guy de Maupassant.*
62. Historia de Manón Lescaut, por el abate *Prévost.*
63. Las bodas de Yolanda, por *Hermán Sudermann.*
64. Tradiciones peruanas, por *Ricardo Palma.*
65 y 66. Misericordia, por *Bénito Pérez Galdós.*
67. Atala. René, por *F. R. Chateaubriand.*
68. La aldea de los muertos, por *Rudyard Kipling.*
69. Colomba, por *Próspero Merimée.*
70 y 71. La reliquia, por *Eça de Queiroz.*
72 y 73. Zalacaín el aventurero, por *Pío Baroja.*
74 y 75. Flor del fango, por *J. M. Vargas Vila.*
76. Los deseos de Juan Servien, por *Anatole France.*

TEATRO CLASICO

NUESTROS PROPÓSITOS

Esta biblioteca está destinada principalmente a
as personas que aman la buena literatura. No hay,
or lo tanto, en sus editores el menor propósito de
specializarse con determinado género de produc-
iones.

Es nuestra aspiración contribuir a la mayor di-
usión de aquellas grandes obras dramáticas, pro-
ucidas en todos los tiempos y naciones, que han
egado a ser modelos de factura literaria, de gran
igenio o de admirable versificación; dando cierta
referencia, que creemos justificada, a la original
e habla castellana, a fin de que su conocimiento
rva para desarrollar el buen gusto literario y a
evolver también su merecida celebridad a muchos
itores famosos, relegados entre nosotros a un in-
erecido olvido, y que debieran gozar de nuestra
onsideración por haber sido, y ser aún hoy mu-
ios de ellos, modelos y maestros en el decir y es-
ibir.

A medida que desarrollemos nuestro plan, los lec-
ores de *Teatro Clásico* advertirán la forma en la
ial iremos poniendo en práctica nuestro objetivo
iltural, y esperamos que ellos contribuyan con su
ítica o su consejo a su completa ejecución.

Las ediciones de nuestros volúmenes, de 128 pá-
nas, de muy nutrido texto, representan un esfuer-
editorial ponderable, y esperamos vernos ayu-
idos en forma práctica por aquellas personas que
iieran ver difundirse en nuestro país el conoci-
iento de las obras dramáticas que en su época
ntribuyeron a formar el espíritu y la educación
grandes generaciones.

JOYAS LITERARIA

Es una publicación semanal que edit esta n
ma empresa, muy económica, y que persigue el
ble propósito de ofrecer al público argentino p
ducciones selectas, de los mejores novelistas
todos los países, en volúmenes de un tamaño m
manuable, con buena factura tipográfica, cuida
samente corregidos, y con 128 páginas de nut
texto.

Hasta la fecha, sostenidos por el creciente fa
de los lectores argentinos, hemos publicado va
senta volúmenes, conteniendo obras escogidas
los siguientes autores, cuya reputación goza de
recida fama universal:

Juan Wolfgang Gœthe, Alfonso de Lamart
Pedro Antonio de Alarcón, Bjornstjerne Bjorns
Voltaire, Bernardino de Saint Pierre, Carlos D
kens, Feodor Dostoievsky, Walter Scott, Honor
de Balzac, Guy de Maupassant, Leónidas Andre
Emilia Pardo Bazán, Gustavo Flaubert, Herm
Sudermann, Mark Twain, Benito Pérez Galdós,
Coppée, Máximo Gorki, León Tolstoi, Pierre L
Grazia Deledda, Juan Valera, Eugenio Camba
res, Ricardo Gutiérrez, Pierre Loti, Alfonso D
det, Eça de Queiroz, Próspero Merimée, Feder
Mistral, Alfredo de Musset, Edmundo de Ami
José María de Pereda, Miguel Cané, etc., etc.